



Universidad del Aconcagua

Facultad de Psicología

Maestría en Psicoanálisis

Tesis de Maestría

Título: Despertar sexual y trabajo subjetivo en la
pubertad. Algunas consideraciones psicoanalíticas

Maestrando: Lic. Camilo Aldao Escobar

Directora: Mag. Ana Laura Rodríguez

Mendoza, abril de 2020

Hoja de evaluación

Tribunal

Presidente:

Vocal:

Vocal:

Profesora invitada: Mag. Ana Laura Rodríguez

Nota:

Agradecimientos

A Laura A. Guiñazú, por su amistad y generosidad. Y por descubrir para mí, *El despertar de la primavera* de J. Lacan.

A Ricardo J. Aldao, mi padre, *in memoriam*.

A Analia, mi compañera. Y a nuestros retoños: Olivia y León.

A mi madre y hermano.

Y a todas aquellas personas, quienes, de una manera u otra, colaboraron para llegar hasta aquí.

Mucho me deja la maestría, de todo lo cual estoy agradecido.

Finalmente, mi especial gratitud a Ana Laura Rodríguez, directora de esta tesis.

Índice General

Resumen	p.	6
Introducción		7
Capítulo I: Despertar sexual y trabajo subjetivo en Sigmund Freud		10
1. El concepto de sexualidad en Freud		11
1. 1. Introducción		11
1. 2. Una teoría sexual		12
1. 3. La pulsión		13
1. 3. 1. Libido		15
1. 3. 2. Más allá del principio de placer		16
1. 4. Las metamorfosis de la pubertad		17
1. 5. Elección de objeto		18
1. 6. Latencia y diferimiento sexual		20
1. 7. Conceptos para una teoría sexual		23
1. 7. 1. Fantasía		23
1. 7. 2. Teorías sexuales infantiles		27
1. 7. 3. Complejo de Edipo		28
Capítulo II: Despertar sexual y trabajo subjetivo en Jacques Lacan		32
2. La perspectiva de Lacan		33
2. 1. El despertar de la primavera		33
2. 2. La sexualidad hace agujero en lo Real		34
2. 3. Trabajo subjetivo a partir del agujero en lo Real		40
2. 4. ¿Qué trabajo subjetivo convoca al púber?		42
2. 5. Fantasma		44

2. 6. Puesta a prueba de los títulos en el bolsillo	46
2. 7. Edipo	46
2. 8. Hacerse un hombre situándose a partir del Uno-entre-otros	50
2. 9. La tragedia infantil	53
2. 10. No sin el deseo del Otro	54
Capítulo III: El despertar de la primavera de Frank Wedekind	56
3. Estudio de caso	58
3. 1. Metodología	58
3. 2. Se levanta el telón	58
3. 3. Wendla Bergmann	59
3. 4. Mauricio Stiefel	63
3. 5. Melchor Gabor	67
Conclusiones	73
Bibliografía	78

Resumen

Esta investigación, estudia la articulación entre despertar sexual y trabajo subjetivo en la pubertad. Parte de las conceptualizaciones de Freud, respecto de las metamorfosis de la pubertad, y continúa con los desarrollos de Lacan, referidos al “despertar de la primavera”.

Lacan considera que el despertar de la sexualidad en la pubertad, deja al descubierto un agujero en lo real. Justamente eso, convoca un arduo trabajo por parte del sujeto, para tomar una nueva posición subjetiva.

La pieza teatral de Wedekind, *El despertar de la primavera*, al ser tomada como caso, permite analizar el particular trabajo subjetivo que realiza cada joven, cuando acontece el despertar sexual.

Summary

This research studies the articulation between sexual arousal and subjective work in puberty. It starts from Freud's conceptualizations regarding the metamorphoses of puberty, and continues with Lacan's developments, referred to the awakening of spring.

Lacan believes that the awakening of sexuality at puberty reveals a hole in the real. Precisely that, call for hard work on the part of the subject, to take a new subjective position.

Wedekind's play, *The Awakening of Spring*, when taken as a case, allows us to analyze the particular subjective work carried out by each young person, when sexual awakening occurs.

Introducción

En 1974 Jacques Lacan postula: “Que lo que Freud delimitó de lo que él llama sexualidad haga agujero en lo real, es lo que se palpa en el hecho de que al nadie zafarse bien del asunto, nadie se preocupe más por él.” (Lacan, 2010/1974, p. 110). De esta afirmación se desprenden los siguientes interrogantes:

- ¿a qué llaman sexualidad tanto Freud como Lacan?
- ¿a qué se refiere Lacan cuando dice que la sexualidad hace agujero en lo Real?
- ¿qué significa que nadie se zafa bien del asunto?
- ¿qué quiere decir que nadie se preocupe más por este asunto?

A partir de estas preguntas, se trabajará con la misma fuente que utiliza Lacan en 1974: *El despertar de la primavera. Una tragedia infantil* de Frank Wedekind (1891). La obra, aborda el asunto de cómo un grupo de jóvenes de catorce años se enfrentan al despertar sexual.

Entonces, se interrogará la obra de Wedekind, a la luz de las conceptualizaciones de Freud y Lacan, para intentar dar respuesta a las siguientes cuestiones:

- ¿cómo pueden explicarse psicoanalíticamente las diferentes posiciones de cada púber en la tragedia de Wedekind?
- ¿por qué algunos jóvenes en la pubertad van hacia la vida mientras que otros no?

La pubertad, como aquello que aleja al sujeto de la niñez, y lo lanza a un arduo trabajo subjetivo¹, desde la perspectiva psicoanalítica inaugurada por Sigmund Freud puede concebirse en clave del desarrollo psicosexual. Lacan plantea en 1974 que la tragedia infantil de Wedekind es ortodoxa en lo tocante

¹ En el proyecto de esta tesis de maestría, originalmente se planteaba la expresión “trabajo psíquico”. Esa denominación está presente en la obra de Freud, como “trabajo psíquico” o como “trabajo anímico”. No obstante, luego del segundo informe de avance de tesis (19/09/19), se optó por el sintagma “trabajo subjetivo”, que posibilita sortear una dificultad: todo “trabajo” que realiza un sujeto, desde la perspectiva del psicoanálisis, puede considerarse “psíquico” o “anímico”. No sería posible pensar trabajo alguno del sujeto que no implique un “trabajo psíquico”. Así, la expresión “trabajo subjetivo” supone todo trabajo que realice el sujeto.

a Freud, dicho en otras palabras, que se encontraría en la misma vía de los planteos freudianos respecto de la sexualidad. Freud también conocía la tragedia de Wedekind, tal y como manifiesta el acta de la Sociedad Psicoanalítica de Viena del 13 de febrero de 1907.

El problema de investigación, entonces, se formula a partir de la siguiente pregunta: ¿qué desarrollos conceptuales aportan Freud y Lacan para pensar el trabajo subjetivo al que se encuentra requerido un púber?

Esta investigación, pretende avanzar en el conocimiento respecto de la sexualidad y la pubertad, desde la perspectiva teórica del psicoanálisis. En ese sentido, la obra de Wedekind (1891) servirá como caso para pensar estas cuestiones e intentar dar respuesta al problema de investigación.

De acuerdo a lo explicitado, los objetivos de la presente investigación son los siguientes:

Objetivo general:

- a) Establecer articulaciones entre sexualidad y trabajo subjetivo en la pubertad.

Objetivos específicos:

- a) Revisar los desarrollos freudianos en torno a la pubertad.
- b) Examinar los conceptos lacanianos que permiten explicar el trabajo subjetivo en la pubertad.
- c) Advertir en la tragedia de Frank Wedekind las diferentes posiciones de cada púber a partir del despertar sexual.

El problema de investigación que se delimitó, dio lugar a la anticipación de sentido que sostiene: *“La constitución del fantasma de la realidad ordinaria (Lacan 1974/2010), posibilita al púber hacer lazo social, para continuar bordeando el agujero que deja al descubierto la sexualidad y ubicarse del lado de la vida.”*

En cuanto a la metodología, esta investigación se plantea como interpretativa y, dentro de ella, cualitativa, y también, de fenómenos culturales.

El desarrollo de la investigación, está dividido en tres partes, con sus correspondientes capítulos.

El primer capítulo, denominado “Despertar sexual y trabajo subjetivo en Sigmund Freud”, realiza un recorrido de la noción de sexualidad, desde 1905 en adelante. Se trabajan los conceptos de pulsión, libido, pulsión de muerte, latencia y diferimiento sexual. De este modo, se considera lo que Freud denominó “las metamorfosis de la pubertad”. Asimismo, se explicitan aquellos elementos con los que Freud construye una teoría sexual: el concepto de fantasía, teorías sexuales infantiles y complejo de Edipo.

El segundo capítulo, titulado “Despertar sexual y trabajo subjetivo en Jacques Lacan”, comienza desarrollando lo planteado por Lacan en 1974 respecto de *El despertar de la primavera*. A partir de allí, se explican una serie de conceptualizaciones, comenzando por la noción de agujero en lo real que deja al descubierto la sexualidad, con el advenimiento de la pubertad en el sujeto. Luego, se continúa con el desarrollo del trabajo subjetivo que convoca ese agujero en lo real, para lo que es necesario tratar los conceptos de fantasma y Edipo, entre otros, en Lacan.

El tercer capítulo, llamado “El despertar de la primavera de Frank Wedekind”, incluye la articulación del marco teórico, desarrollado en los capítulos primero y segundo, con el material clínico que se extrae de la obra de teatro de Wedekind, considerada como caso. Se presentan viñetas, articuladas con la teoría, de los principales personajes de la obra: Melchor, Mauricio y Wendla. El estudio de caso, posibilita trabajar la anticipación de sentido, en relación a los objetivos derivados del problema de investigación.

Finalmente, se elaboran las conclusiones de la investigación, a partir de la valoración de los resultados obtenidos, derivados del problema investigado, el marco teórico y el caso analizado.

Capítulo I

Despertar sexual y trabajo subjetivo en Sigmund Freud

1. El concepto de sexualidad en Freud.

1. 1. Introducción.

Este apartado pretende explicitar el concepto de sexualidad para el psicoanálisis. En esa vía, desarrollando los conceptos que sirven a Freud para esbozar una teoría sexual, se irá deslizándose la cuestión del trabajo subjetivo, trabajo que convoca a todo sujeto.

En el apéndice que agrega James Strachey a *Tres ensayos de teoría sexual* (1905), para la *Standard Edition* (1953), se enumeran una serie de artículos freudianos que, en el período que va desde 1898 hasta 1938, se ocupan particularmente de la sexualidad; concepto que Freud trabaja a lo largo de toda su obra. De ello, deriva una concepción particular sobre la sexualidad para el psicoanálisis.

Con el objetivo de introducir la cuestión, se puede hacer referencia a la vigésima de las *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (1916-1917), titulada “La vida sexual de los seres humanos”. En ella, Freud dice:

Que los niños no poseerían ninguna vida sexual –excitaciones, necesidades y una suerte de satisfacción-, sino que la adquirirían de repente entre los 12 y los 14 años, he ahí algo tan inverosímil –prescindiendo de cualquier observación- desde el punto de vista biológico, y aun tan disparatado, como la afirmación de que vendrían al mundo sin genitales y estos les crecerían sólo en el período de la pubertad. Lo que despierta en ellos en ese período es la función de la reproducción, que se sirve para sus fines de un material corporal y anímico preexistente. (1917/2012, p. 284)

De la cita, pueden inferirse cuestiones cruciales para el psicoanálisis. En primer lugar, la postulación de una sexualidad infantil de pleno derecho. En segundo lugar, que la relación entre sexualidad y genitalidad no es exclusiva ni excluyente. Por último, que la sexualidad hace a la reproducción, pero no está fijada a esa meta únicamente.

La cita escogida retoma importantes argumentos presentados en *Tres ensayos para una teoría sexual* (1905), texto al que se hará referencia a continuación. Asimismo, ubica a la pubertad como un tiempo en el que se produce la unificación de las pulsiones bajo el primado de lo genital, y, a partir de allí, un despertar a una función: la reproducción. Pero para que ese

despertar sea posible es necesario recurrir a un material preexistente, que antecede lógicamente y temporalmente a la pubertad: la sexualidad infantil. De este modo, con Freud, podría sostenerse que la pubertad se comprende sólo considerando la anterioridad lógica de la infancia.

Desde la perspectiva del psicoanálisis, puede afirmarse que la sexualidad es consustancial al ser humano, no hay aparato psíquico sin sexualidad. Esta cuestión se encuentra presente desde los primeros trabajos de Freud, verbigracia *El proyecto de psicología* (1895). En este artículo se supone un aparato psíquico que se estructura en diversos sistemas para tratar y manejar distintas cantidades de energía provenientes de sensaciones y percepciones tanto externas como internas. En 1900, con *La interpretación de los sueños*, Freud desarrolla una primera tópica psíquica, cuyos sistemas son: Inconsciente, Conciencia y Preconciencia. A partir de 1905, como se verá a continuación, se pone el acento en el concepto de pulsión, lo que también dará cuenta de la estructuración psíquica.

1. 2. Una teoría sexual.

En *Tres ensayos de teoría sexual* (1905), Freud se ocupa principalmente de delimitar el concepto de sexualidad. Plantea al comienzo los conceptos de pulsión sexual y libido, se distancia de la opinión popular de la época, y se enfoca en las nociones de objeto sexual y meta sexual. ¿En qué se distancia de la opinión de la época? En que Freud sostiene que la existencia de “necesidades sexuales”, lo que expresan los términos de “pulsión sexual” y “libido”, está presente desde el comienzo de la vida. Asimismo, define como “objeto sexual” al objeto que es investido por la pulsión, y “meta sexual” a la acción hacia la cual esfuerza la pulsión.

Puede considerarse que Freud construye en tres pasos su noción de sexualidad en este texto.

Para Freud, la sexualidad es un constructo complejo que entrama con toda la vida del sujeto.

1. 3. La pulsión.

Trieb en alemán, se entiende como aquello que esfuerza, conduce, pone en movimiento, o echa a andar. Se trata de una noción que sirve a Freud para destacar el *sentido de empuje*, que pone a trabajar al aparato psíquico. La pulsión es una noción central en la teoría psicoanalítica, que posibilita una comprensión metapsicológica² del aparato psíquico. En el devenir pulsional pueden explicarse la sexualidad infantil, la pubertad y la sexualidad adulta.

Antes de proseguir con *Tres ensayos* (1905), es oportuno referirse brevemente, para abordar el concepto de pulsión, al artículo *Pulsiones y destinos de pulsión* (1915). Allí, se afirma que “*la pulsión sería un estímulo para lo psíquico*” (1915/2012, p. 114). La característica distintiva de la pulsión, a diferencia de otros estímulos, es que actúa como una fuerza constante. Frente a esta fuerza desde el interior del cuerpo, es imposible la huida para el sujeto.

La pulsión se ubica en la frontera entre lo psíquico y lo físico. Freud lo explica del siguiente modo:

Si ahora, desde el aspecto biológico, pasamos a la consideración de la vida anímica, la pulsión nos aparece como un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, como un representante psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma, como una medida de la exigencia de trabajo que es impuesta a lo anímico a consecuencia de su trabazón con lo corporal. (1915/2012, p. 117)

Entonces, se puede considerar que el aparato psíquico que piensa Freud, es inescindible del cuerpo. Las pulsiones son los genuinos motores del desarrollo psíquico. Es por las exigencias de lo pulsional que el sujeto debe volcarse al mundo y lograr las modificaciones necesarias para su satisfacción. La satisfacción de la pulsión, siempre es parcial.

² En psicoanálisis, se entiende la metapsicología de la siguiente manera. A saber: Término creado por Sigmund Freud en 1896 para designar el conjunto de su concepción teórica, y distinguirla de la psicología clásica. El enfoque metapsicológico consiste en la elaboración de modelos teóricos que no están directamente vinculados a una experiencia práctica o a una observación clínica; se define por la consideración simultánea de los puntos de vista dinámico, tópico y económico. Roudinesco y Plon (2008, p. 715).

En *Formulaciones sobre los dos principios del acontecer psíquico* (1911), publicado cuatro años antes de *Pulsiones y destinos de pulsión* (1915), se halla una interesante referencia a la pulsión.

Allí dice:

Las pulsiones sexuales se comportan primero en forma autoerótica, encuentran su satisfacción en el cuerpo propio; de ahí que no lleguen a la situación de la frustración, esa que obligó a instituir el principio de realidad. Y cuando más tarde empieza en ellas el proceso de hallazgo de objeto, este proceso experimenta pronto una prolongada interrupción por obra del período de latencia, que pospone hasta la pubertad el desarrollo sexual. Estos dos factores –autoerotismo y período de latencia- tienen por consecuencia que la pulsión sexual quede suspendida en su plasmación psíquica y permanezca más tiempo bajo el imperio del principio de placer, del cual, en muchas personas, jamás puede sustraerse. (1911/2012, p. 227)

Se puede apreciar cómo el devenir pulsional se liga a las vicisitudes del desarrollo libidinal. Desarrollo pulsional que se encuentra asimismo regido por los dos principios del funcionamiento psíquico: principio de placer y principio de realidad. En la misma vía, plantea ya el problema del hallazgo de objeto, proceso que queda interrumpido por la latencia hasta la llegada de la pubertad.

Cabe destacar que Freud sostiene la dualidad de pulsiones yoicas y pulsiones sexuales hasta lo que se conoce como el giro de 1920, en referencia al cambio que introduce en ese momento con la publicación del artículo *Más allá del principio de placer* (1920), donde introduce el concepto de pulsión de muerte. Así, el dualismo pulsional pasa a ser, hasta el fin de su obra, entre pulsiones de vida y pulsiones de muerte, destacando que siempre hay una mezcla de ambas³.

A continuación, se revisará el concepto de libido, desde la perspectiva planteada en *Tres ensayos de teoría sexual* (1905). En ese momento de la

³ Como indica en su estudio Hilda Karlen (2012), citando a Freud en *Las resistencias contra el psicoanálisis* (1924) e *Inhibición, síntoma y angustia* (1926):

La clasificación de las pulsiones en pulsiones sexuales y pulsiones de autoconservación es dejada de lado y se establece un nuevo orden: “Eros y pulsión de muerte o de destrucción.” Eros, regida por el principio de placer, mientras que la pulsión de muerte es regida por un más allá que apremia a buscar la satisfacción sin fin. Además, Freud remarca que “casi nunca nos las tenemos con mociones pulsionales puras, sino, todo el tiempo con ligadura de ambas pulsiones en diversas proporciones de mezcla,” o de desmezcla. (2012, p. 90)

obra, Freud distingue un primer dualismo pulsional, compuesto por las pulsiones sexuales (libido) y las pulsiones yoicas.

1. 3. 1. Libido.

En un apartado de *Tres ensayos de teoría sexual* (1905), agregado en 1915, Freud dice respecto de la libido:

Hemos establecido el concepto de la *libido* como una fuerza susceptible de variaciones cuantitativas, que podría medir procesos y trasposiciones en el ámbito de la excitación sexual. Con relación a su particular origen, la diferenciamos de la energía que ha de suponerse en la base de los procesos anímicos en general, y le conferimos así un carácter también cualitativo. Al separar la energía libidinosa de otras clases de energía psíquica, damos expresión a la premisa de que los procesos sexuales del organismo se diferencian de los procesos de la nutrición por un quimismo particular (...) esta excitación sexual no es brindada sólo por las partes llamadas genésicas, sino por todos los órganos del cuerpo. Así llegamos a la representación de un *quantum* de libido a cuya subrogación psíquica llamamos libido yoica (...) (1905/2012, p. 198)

Como puede apreciarse, el concepto de libido resulta central en la comprensión del concepto de sexualidad para Freud. Por cuanto libido expresa la energía psicosexual.

Freud distingue en principio libido yoica de libido de objeto. Esto lo explica del siguiente modo:

La vemos concentrarse en objetos, fijarse a ellos o bien abandonarlos, pasar de unos a otros y, a partir de estas posiciones, guiar el quehacer sexual del individuo, el cual lleva a la satisfacción, o sea a la extinción parcial y temporaria de la libido. (Ibídem)

Más adelante, dice en referencia a la libido de objeto y la libido narcisista:

Además, podemos conocer, en cuanto a los destinos de la libido de objeto, que es quitada de los objetos, se mantiene fluctuante en particulares estados de tensión y, por último es recogida en el interior del yo, con lo cual se convierte de nuevo en libido yoica. A esta última, por oposición a la libido de objeto, la llamamos también libido narcisista. (...) La libido narcisista o libido yoica se nos aparece como el gran reservorio desde el cual son emitidas las investiduras de objeto y al cual vuelven a replegarse; y la investidura libidinal narcisista del yo, como el estado originario realizado en la primera infancia, que es sólo ocultado por los envíos posteriores de la libido, pero se conserva en el fondo tras ellos. (Ibídem, p. 198, 199)

Es menester destacar cómo a través del concepto de libido, específicamente en la explicación acerca del modo en que se conforma la libido narcisista, se

desprende la estrecha conexión del período de la infancia del sujeto con la pubertad y la adultez, por cuanto la libido está desde el inicio de la vida.

Hacia el final del apartado comentado de *Tres ensayos* (1905), Freud refiere la distinción entre mociones pulsionales sexuales y mociones pulsionales yoicas.

1. 3. 2. Más allá del principio de placer.

Es a partir de 1920, con la publicación de *Más allá del principio de placer*, que Freud abandona su primer dualismo pulsional, al introducir la pulsión de vida y la pulsión de muerte. De allí en adelante, habrá pulsiones de vida y pulsiones de muerte, siempre mezcladas o combinadas⁴.

En dicho artículo de 1920, parte de un precepto de la biología que dice que todo lo vivo muere por causas internas. Freud propone extrapolar este precepto a la esfera psíquica, para explicar justamente aquello que se ubica más allá del principio de placer. Pretende explicar aquellas inclinaciones que nada tienen que ver con la obtención de placer, sino que, más bien, propenden a la disolución de estructuras complejas a sus unidades elementales.

Freud describe tres observables clínicos en los que se presenta la repetición: los sueños en las neurosis traumáticas, el juego del *Fort-Da* y la compulsión de repetición en la transferencia. Surge el término “compulsión de repetición” que deriva de la “naturaleza más íntima de la pulsión”: la naturaleza conservadora de la pulsión; al punto de pasar por alto al principio de placer, que hasta este momento consideraba rector de la vida psíquica. Se interroga entonces: “¿Puede el esfuerzo (*Drang*) de procesar psíquicamente algo impresionante, de apoderarse enteramente de eso, exteriorizarse de manera primaria e independiente del principio de placer” Freud (1920/2012, p. 16). Si

⁴ Hilda Karlen (2012) sostiene:

Las dos clases de pulsiones, Eros y pulsión de muerte, están siempre combinadas en proporciones variables y diferentes en cada caso. En las distintas fases de organización tanto oral, anal, fálica y genital siempre van juntas (2012, p. 92)

así fuera, habría que reconocer tendencias situadas más allá del principio del placer, más originarias e independientes de él.

¿Cómo se vincula lo pulsional con la compulsión de repetición? Freud lo atribuye a lo más íntimo de la pulsión, para llegar a decir que la pulsión tendría por función reproducir un estado anterior. “*La meta de toda vida es la muerte, y, retrospectivamente, lo inanimado estuvo ahí antes que lo vivo*” Freud (1920/2012, p. 38). Por un lado están las de autoconservación como las sexuales, a las que llama pulsiones de vida. Por otro lado, la pulsión de muerte (que pretende conducir la vida a la muerte), a la que se le adjudica la compulsión “demoníaca” de repetición.

La postulación de la pulsión de muerte, produce un fuerte impacto en el psicoanálisis, por cuanto la vida del sujeto va a ser comprendida, de allí en más, en la pugna siempre viva entre las dos grandes fuerzas: *Eros* y *Tánatos*.

Diez años más tarde, en *El malestar en la cultura* (1930), Freud retoma este segundo dualismo pulsional para explicar cómo entrama la vida del sujeto con la cultura. Y sostiene que entonces, dicho sucintamente, esa pugna entre vida y muerte en el sujeto, se reproduce en cada institución cultural.

1. 4. Las metamorfosis de la pubertad.

Para Freud, como se explicitará en este apartado, la pubertad marca el pasaje de la sexualidad infantil a la sexualidad adulta. En este sentido, la pubertad resulta un punto de escansión, ordenador de la sexualidad, que determina el fin del período de latencia y el consecuente segundo despertar sexual.

A continuación, se hará referencia al tercero de los *Tres ensayos* (1905), por ser el lugar en el que Freud se ocupa especialmente de la pubertad. Este, se titula *Las metamorfosis de la pubertad*. Es notorio que Freud, en la armazón del texto, recurra primero a la adultez, luego se refiera a la infancia, y en tercer lugar haga referencia a la pubertad. Este ordenamiento particular, quizás, indica nuevamente el valor estructural y lógico del devenir sexual.

Dice Freud:

Con el advenimiento de la pubertad se introducen los cambios que llevan la vida sexual infantil a su conformación normal definitiva. La pulsión sexual era hasta entonces predominantemente autoerótica; ahora halla al objeto sexual. Hasta ese momento actuaba partiendo de pulsiones y zonas erógenas singulares que, independientemente unas de otras, buscaban un cierto placer en calidad de única meta sexual. Ahora es dada una nueva meta sexual; para alcanzarla, todas las pulsiones parciales cooperan, al par que las zonas erógenas se subordinan al primado de la zona genital. (1905/2012, p. 189)

La expresión “conformación normal definitiva” de la sexualidad, leído desde la época actual, más de un siglo después, podría resultar quizá inexacto o cuestionable. No obstante, en términos metapsicológicos, la pubertad produce importantes movimientos: el pasaje desde el autoerotismo hasta la elección de objeto, pasando por el complejo de Edipo y la latencia. El sujeto púber, conmocionado por todo este movimiento pulsional, está en condiciones de posicionarse en relación a su sexualidad, siendo asimismo capaz de la función reproductora por su maduración genésico-biológica. Este pasaje desde el autoerotismo hasta la elección de objeto, movimiento propio de la pubertad, ya ha tenido un esbozo anterior, por cuanto previo al período de latencia, ya se ha ensayado una elección de objeto en la niñez, como se explicitará a continuación.

1. 5. Elección de objeto.

Bajo el título “El hallazgo de objeto”, Freud explica lo siguiente:

Durante los procesos de la pubertad se afirma el primado de las zonas genitales (...) Al mismo tiempo, desde el lado psíquico, se consuma el hallazgo de objeto, preparado desde la más temprana infancia. Cuando la primerísima satisfacción sexual estaba todavía conectada con la nutrición, la pulsión sexual tenía un objeto fuera del cuerpo propio: el pecho materno. Lo perdió sólo más tarde, quizá justo en la época en que el niño pudo formarse la representación global de la persona a quien pertenecía el órgano que le dispensaba satisfacción. Después la pulsión sexual pasa a ser, regularmente, autoerótica, y sólo luego de superado el período de latencia se restablece la relación originaria. No sin buen fundamento el hecho de mamar el niño del pecho de su madre se vuelve paradigmático para todo vínculo de amor. El hallazgo (encuentro) de objeto es propiamente un reencuentro. (1905/2012, p. 202).

Respecto de esta cita de Freud, Diana Rabinovich⁵ explica que ha sido “*de modo simultáneo una fuente de luces y sombras*” (1988, p. 22) para el

⁵En su estudio dedicado al objeto en psicoanálisis, Rabinovich (1988) sostiene: Tres perspectivas, tres grandes dimensiones del concepto de objeto pueden delimitarse en la obra freudiana (...) [1] Desde una perspectiva teórica, el primero en ser deslindado fue el objeto del deseo,

psicoanálisis, lo que justifica su examen. Pues uno de los principales problemas que plantea es saber de qué objeto está hablando Freud o, más bien, poder delimitar si se refiere al objeto del deseo, al objeto de la pulsión, o al objeto en el sentido de la serie de elección de objeto, posterior al autoerotismo y al narcisismo.

Diana Rabinovich, tras analizar la cuestión, apunta lo siguiente:

Tenemos aquí esbozadas tres pérdidas diferentes, que habitualmente son identificadas a la ligera: 1) la pérdida de la satisfacción de la necesidad en aras del surgimiento de la realización del deseo, vale decir, la pérdida de la naturalidad del objeto; 2) la pérdida del objeto real que determina su incorporación y la estructuración del autoerotismo y 3) la pérdida del objeto como objeto de amor, la persona total, que funda la importancia en cuanto tal de la pérdida de amor para el sujeto hablante. (1988, p. 23)

Dichas pérdidas, para la autora, se corresponden a los conceptos de deseo, pulsión y amor, términos que, según su opinión, se corre el riesgo de confundir en psicoanálisis. Es preciso, entonces, poder establecer de qué objeto se trata a cada paso del párrafo de *Tres ensayos* (1905) citado, cuando Freud habla del reencuentro del objeto.

En este sentido, Diana Rabinovich aporta claridad cuando afirma:

Puede decirse, a mi juicio, que el deseo es el concepto fundante en Freud y que la primera de las pérdidas condiciona la posibilidad de las otras dos, el surgimiento mismo de la posibilidad de sustitución y que, en este sentido, el objeto de la pulsión y el del amor son ya formas de sustitución del objeto perdido del deseo. (Ibídem)

En Freud, continuando el planteo, podría sostenerse que lo inaugural de la pubertad se ubica del lado de la elección de objeto de amor⁶. Ahora bien, ese hallazgo de objeto de amor, sería un reencuentro. Esto se justificaría, en primer lugar, por cuanto lo psíquico se apoya en lo físico en los orígenes: el primer objeto de amor es aquel agente cuidador externo que satisface la

el objeto perdido de la experiencia de satisfacción alucinatoria, el objeto en juego a nivel del proceso primario (...) [2] En 1905, se suma un nuevo objeto, muy cercano al objeto del deseo, pero que no le es idéntico: el objeto de la pulsión parcial (...) [3] Esta tercera dimensión configura una serie que Freud explícitamente separa de la serie de los estadios libidinales propios de la pulsión parcial, serie que es introducida en 1911, en el contexto del caso Schreber, y a la que bautizó como serie de la elección de objeto. (1988, p. 6)

⁶ Es importante destacar, algo que dice Freud en el acta número trece de la Sociedad Psicoanalítica de Viena, cuando se refiere a la elección de objeto en la pubertad, particularmente comentando *El despertar de la primavera* de Frank Wedekind. Allí, puede leerse: "Freud considera que Wedekind da pruebas de aguda observación cuando pinta el deseo de amor objetual sin elección de objeto en Melchior y Wendla, quienes no están enamorados uno del otro." (1974/1979, p. 134)

necesidad del hambre, inaugurando con ello el deseo (primera vivencia de satisfacción). En segundo lugar, se trataría de un reencuentro, si se considera especialmente la advertencia de Diana Rabinovich: objeto de deseo, objeto de la pulsión y elección de objeto, son tres objetos distintos, pero también inescindibles. La pérdida del primero, el objeto de deseo, tras la primera vivencia de satisfacción, condiciona la pérdida y determina la posibilidad de los otros dos: el objeto de la pulsión y la elección de objeto.

1. 6. Latencia y diferimiento sexual.

Asimismo, cabe destacar que Freud plantea, respecto de la elección de objeto, en *Tres ensayos de teoría sexual* (1905), una particular relación con lo que llama la barrera del incesto. Así, escribe:

Quando la ternura que los padres vuelcan sobre el niño ha evitado despertarle la pulsión sexual prematuramente (...) aquella pulsión puede cumplir su cometido: conducir a este niño, llegado a la madurez, hasta la elección del objeto sexual. Por cierto, lo más inmediato para el niño sería escoger como objetos sexuales justamente a las personas a quienes desde su infancia ama, por así decir, con una libido amortiguada. Pero, en virtud del diferimiento de la maduración sexual se ha ganado tiempo para erigir, junto a otras inhibiciones sexuales, la barrera del incesto, y para implantar en él los preceptos morales que excluyen expresamente de la elección de objeto, por su calidad de parientes consanguíneos, a las personas amadas de la niñez. (1905/2012, p. 205)

Esta cita pone de relieve que la elección de objeto que se realiza en la pubertad, estaría íntimamente ligada a las primeras elecciones de objeto de la infancia, es decir, de algún modo remitiría a esos primeros objetos que fueron los padres o cuidadores. En ese sentido, entra en juego la prohibición del incesto, como mandato social que se erige en aras de la cultura, según explica Freud.

La barrera del incesto posibilita la salida del complejo de Edipo, e inclina la balanza del lado del narcisismo, como explica Freud en *El sepultamiento del complejo de Edipo* (1924). Así, dice: “*Las aspiraciones libidinosas pertenecientes al complejo de Edipo son en parte desexualizadas y sublimadas, lo cual probablemente acontezca con toda trasposición en identificación, y en parte son inhibidas en su meta y mudadas en mociones tiernas.*” (1924/2012, p. 184)

Y más adelante, respecto de cómo ocurre este proceso, destaca:

No veo razón alguna para denegar el nombre de “represión” al extrañamiento del yo respecto del complejo de Edipo, si bien las represiones posteriores son llevadas a cabo la mayoría de las veces con participación del superyó, que aquí recién se forma. Pero el proceso descrito es más que una represión; equivale, cuando se consuma idealmente, a una destrucción y cancelación del complejo (...)

No tengo ninguna duda de que los vínculos causales y temporales aquí descritos entre complejo de Edipo, amedrentamiento sexual (amenaza de castración), formación del superyó e introducción del período de latencia son de naturaleza típica; pero no tengo el propósito de aseverar que ese tipo es el único posible. (1924/2012, pp. 184-187)

Ahora bien, ¿cómo entra a jugar allí, llegada la hora de la elección de objeto en la pubertad, la barrera del incesto? Freud lo explica justamente a través de lo que llama la acometida en dos tiempos de la sexualidad. En este contexto, dice:

(...) la elección de objeto se realiza en dos tiempos, en dos oleadas. La primera se inicia entre los dos y los cinco años, y el período de latencia la detiene o la hace retroceder (...) La segunda sobreviene con la pubertad y determina la conformación definitiva de la vida sexual.

Ahora bien, los hechos relativos al doble tiempo de la elección de objeto, que en lo esencial se reducen al efecto del período de latencia, cobran suma importancia en cuanto a la perturbación de ese estado final. Los resultados de la elección infantil de objeto se prolongan hasta una época tardía; o bien se los conserva tal cual, o bien experimentan una renovación en la época de la pubertad. Pero demuestran ser inaplicables, y ello a consecuencia del desarrollo de la represión, que se sitúa entre ambas fases. (1905/2012, p. 181, 182)

Puede considerarse, que el complejo de Edipo, como se verá más adelante, ordena la sexualidad de la primera infancia, encauza la pulsión sexual, e introduce en la latencia, al dividir una corriente tierna de otra sexual respecto de la pulsión. Así, es destacable la latencia, por cuanto posibilita al sujeto infantil que ha atravesado el Edipo, vérselas, merced a la represión, con la corriente tierna de la sexualidad, hasta tanto su madurez le permita reencontrarse con la corriente sensual.

Será durante la latencia, como explica Freud, que se establecerán unos diques para contener o encauzar la corriente sexual. Estos diques a la pulsión, posibilitan la división aludida entre corriente tierna y corriente sensual. Freud lo explica de la siguiente manera:

Las mociones sexuales de estos años infantiles serían, por una parte inaplicables, pues las funciones de la reproducción están diferidas, lo cual constituye el carácter principal del período de latencia; por otra parte, serían

en sí perversas, esto es, partirían de zonas erógenas y se sustentarían en pulsiones que dada la dirección del desarrollo del individuo sólo provocarían sensaciones de displacer. Por eso suscitan fuerzas anímicas contrarias (mociones reactivas) que construyen, para la eficaz sofocación de ese displacer, los mencionados diques psíquicos: asco, vergüenza y moral. (1905/2012, p. 162)

Freud explica que estos diques psíquicos, el asco, la vergüenza y la moral, se interponen en el camino de la pulsión, en su desarrollo, cuando se ingresa a la latencia. La función de estos diques se explica así: “*se presentarán como inhibiciones en el camino de la pulsión sexual y angostarán su curso a la manera de unos diques (el asco, el sentimiento de vergüenza, los reclamos ideales en lo estético y en lo moral)*” (1905/2012, p. 161). A causa de los diques, que surgen del condicionamiento orgánico y la educación, la sexualidad va encauzándose. Asimismo, las ulteriores conquistas culturales y sociales del sujeto, tanto en lo individual como en lo colectivo, se explican a partir de la institución de estos diques psíquicos, por la vía de la sublimación.

Tanto la salida del complejo de Edipo como la latencia, irán encauzando las mociones pulsionales, hasta que sobrevenga la segunda gran oleada pulsional con la pubertad, momento en que el púber, como dice Freud, deberá realizar una nueva elección de objeto, lo que exigirá renunciar a los objetos infantiles por un lado, y por otro unir corriente tierna y corriente sensual en un mismo objeto de amor.

En este punto, se justifica una digresión. Respecto de la elección de objeto en la pubertad, escribe Freud:

Es difícil que la vida sexual del joven que madura pueda desplegarse en otro espacio de juego que el de las fantasías (...) A raíz de estas fantasías vuelven a emerger en todos los hombres las inclinaciones infantiles (...) Contemporáneo al doblegamiento y la desestimación de estas fantasías claramente incestuosas, se consume uno de los logros psíquicos más importantes, pero también más dolorosos, del período de la pubertad: el desasimiento respecto de la autoridad de los progenitores (1905/2012, p. 206)

El sujeto en la pubertad busca encontrar, a la manera de un reencuentro por sus conexiones con la infancia, el objeto de amor. Pero esa elección se da en la fantasía, en el reino de la representación psíquica, antes que en el plano de la realidad. Ahora bien, esto es más comprensible si se toma en cuenta lo expuesto respecto del objeto en psicoanálisis. Como indicaba Rabinovich, el objeto a través del cual se satisface la pulsión, parcial y sexual, como así también el objeto de amor que marca la elección de objeto, vienen al lugar de

ese vacío que deja el objeto perdido en la primera vivencia de satisfacción, cuando se origina el deseo inconsciente.

Allí, en el registro psíquico, como dice Freud en nota al pie: “*Las fantasías del período de la pubertad prosiguen la investigación sexual abandonada en la infancia*” (1905/2012, p. 206). Freud sostiene que aquellas fantasías sexuales que tenía el niño, que tomaron la forma de teorías sexuales infantiles, culminan en el complejo de Edipo, organizador de la sexualidad infantil. Tras atravesar el Edipo, la sexualidad infantil entra en latencia. Con el advenimiento de la pubertad, y sus movimientos pulsionales, nuevamente despiertan las fantasías de la infancia; se produciría así una suerte de reactualización del complejo de Edipo. En ese contexto puede lograrse, el desasimio de la autoridad parental, como la posibilidad de diferenciarse de los padres, para contarse como uno o una más entre los adultos.

Dice Freud que “*el hecho de la acometida en dos tiempos del desarrollo sexual*” (1905/2012, p. 214), lo que viene marcado por el período de latencia, tiempo que separa y vincula la sexualidad infantil y la pubertad, marca las posibilidades del desarrollo de la cultura. Tras la salida del complejo de Edipo, se aplaca esa primera marea pulsional que representaba la sexualidad infantil; en ese sentido, uno de los destinos pulsionales tiene que ver con la sublimación, lo que contribuye a los fines culturales. La pubertad, luego, despertará una segunda marea pulsional, que reactualizará la anterior, y permitirá fusionar cultura y sexualidad, al ubicar un sujeto sexuado entre los otros, capaz de reencontrar su objeto de amor.

1. 7. Conceptos para una teoría sexual.

A continuación, es menester definir algunos conceptos que posibilitan avanzar en la comprensión del devenir de la sexualidad. Será preciso hacer mención al concepto de fantasía, teorías sexuales infantiles y complejo de Edipo. Estas nociones, están íntimamente relacionadas en la teoría freudiana.

1. 7. 1. Fantasía.

En su artículo *Mis tesis sobre el papel de la sexualidad en la etiología de las neurosis* (1906), Freud, afirma lo siguiente:

Ya no aparecían más [los síntomas histéricos] como retoños directos de los recuerdos reprimidos de vivencias sexuales infantiles, sino que entre los síntomas y las impresiones infantiles se intercalaban las fantasías (invenciones de recuerdo) de los enfermos, casi siempre producidas en los años de la pubertad. Estas se construían, por un lado, a partir de los recuerdos infantiles, rebasándolos, y por el otro se trasponían directamente en los síntomas. (1906/2012, p. 266)

La cita da cuenta, en primer lugar, de un cambio, o una enmienda respecto del mecanismo de causación de la neurosis. Se deja atrás la teoría llamada traumática, que suponía los síntomas en la adultez, tenían su origen en hechos de seducción real del niño o la niña por parte de algún adulto. La corrección de este punto de vista, otorga un lugar privilegiado a la noción de fantasía. La sexualidad infantil está íntimamente ligada a la producción de síntomas neuróticos, por cuanto es constitutiva de la vida de todo sujeto. Y las fantasías, que Freud define aquí como “*invenciones de recuerdo*”, se ubican como intermediarias entre las vicisitudes o impresiones de la infancia y los síntomas neuróticos de la adultez.

En 1909, Freud, en su escrito titulado *La novela familiar de los neuróticos*, retoma aquello expresado en *Tres ensayos* (1905) respecto del desasimio de la autoridad parental por parte del “*individuo que crece*”, como una operación necesaria del desarrollo que convoca a todo sujeto. Para Freud “*el progreso de la sociedad descansa, todo él, en esa oposición entre ambas generaciones*” (1909/2012, p. 217), oposición dada entre la generación de padres versus la de los hijos. Ahora bien, resalta que dicha operación es dolorosa, pues conlleva diferenciarse de aquellas figuras que en la infancia gozaron de toda estima y autoridad para el niño.

Sostiene Freud:

(...) es el estadio siguiente en el desarrollo de esta enajenación respecto de los padres, estadio que se puede designar como novela familiar de los neuróticos. Es enteramente característica de la neurosis, como también de todo talento superior, una particularísima actividad fantaseadora, que se revela primero en los juegos infantiles y luego, más o menos desde la época de la prepubertad, se apodera del tema de las relaciones familiares. Un ejemplo característico de esta particular actividad de la fantasía son los consabidos sueños diurnos, que se prolongan mucho más allá de la pubertad. (1909/2012, p.218)

Puede considerarse que la fantasía es un concepto central en la teoría psicoanalítica de Freud. Como indican Laplanche y Pontalis (1967/1996), “fantasía” sería un concepto que se presenta bajo distintas modalidades en la obra de Freud. Si la realidad psíquica⁷, en términos de representaciones, es lo que más convoca el interés psicoanalítico, la noción de fantasía resulta insoslayable.

En *El creador literario y el fantaseo*, puede leerse:

En verdad, no podemos renunciar a nada; sólo permutamos una cosa por otra; lo que parece ser una renuncia es en realidad una formación de sustituto o subrogado. Así, el adulto, cuando cesa de jugar, sólo resigna el apuntalamiento en objetos reales; en vez de *jugar*, ahora *fantasea*. (1908/2012, p. 128)

Más adelante, en el mismo artículo, dice:

Procedamos a tomar conocimiento de algunos de los caracteres del fantasear. Es lícito decir que el dichoso nunca fantasea; sólo lo hace el insatisfecho. Deseos insatisfechos son las fuerzas pulsionales de las fantasías, y cada fantasía singular es un cumplimiento de deseo, una rectificación de la insatisfactoria realidad. Los deseos pulsionantes difieren según sexo, carácter y circunstancias de vida de la personalidad que fantasea (...) Son deseos ambiciosos, que sirven a la exaltación de la personalidad, o son deseos eróticos. (1908/2012, pp. 129-130)

La fantasía, como puede desprenderse de las citas anteriores, es para Freud un producto psíquico de pleno derecho, intermediario entre los sistemas Inconsciente, Conciencia y Preconsciente, acorde a la primera tópica de aparato psíquico (1900). En varias ocasiones, entre ellas la vigésimo tercera *Conferencia de introducción al psicoanálisis* (1916), Freud apunta la metáfora del reino de la fantasía como un parque o reserva natural, que preserva lo indómito de la naturaleza en un espacio circunscripto, pero permitido, dentro de la ciudad.

Respecto de la temporalidad de la fantasía, Freud sostiene en *El creador literario y el fantaseo*:

⁷ Laplanche y Pontalis (1967) apuntan respecto del concepto de realidad psíquica lo siguiente: Término utilizado frecuentemente por Freud para designar lo que, en el psiquismo del sujeto, presenta una coherencia y una resistencia comparables a las de la realidad material; se trata fundamentalmente del deseo inconsciente y de las fantasías con él relacionadas (...)
La idea de realidad psíquica va ligada a la hipótesis freudiana referente a los procesos inconscientes; éstos, no sólo no tienen en cuenta la realidad exterior, sino que la substituyen por una realidad psíquica. En su acepción más estricta, la expresión “realidad psíquica” designaría el deseo inconsciente y la fantasía que está ligada al mismo. (1967/1996, p. 352)

El nexo de la fantasía con el tiempo es harto sustantivo. Es lícito decir: una fantasía oscila en cierto modo entre tres tiempos, tres momentos temporales de nuestro representar. El trabajo anímico se anuda a una impresión actual, a una ocasión del presente que fue capaz de despertar los grandes deseos de la persona; desde ahí se remonta al recuerdo de una vivencia anterior, infantil las más de las veces, en que aquel deseo se cumplía, y entonces crea una situación referida al futuro, que se figura como el cumplimiento de ese deseo, justamente el sueño diurno o la fantasía, en que van impresas las huellas de su origen en la ocasión y en el recuerdo. Vale decir, pasado, presente y futuro son como las cuentas de un collar engarzado por el deseo. (1908/2012. p. 130)

Y nuevamente en este punto, resulta pertinente volver a hacer énfasis en aquello expresado por Freud en *Las metamorfosis de la pubertad*. A saber, que la elección de objeto en la pubertad acontece primero en la fantasía. Jacques Lacan, en 1974, subrayará muy particularmente este papel de la fantasía en el devenir sexual del púber. Más adelante corresponderá ocuparse del texto aludido, central para estudiar el despertar sexual en la pubertad, que se titula *Despertar de la primavera* (1974).

Otro texto freudiano relevante para acceder al estudio de la fantasía, es *Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad* (1908/2012). Allí, puede leerse

Estas fantasías son unos cumplimientos de deseo engendrados por la privación y la añoranza; llevan el nombre de sueños diurnos con derecho, pues proporcionan la clave para entender los sueños nocturnos, el núcleo de cuya formación no es otro que estas fantasías diurnas complicadas, desfiguradas y mal entendidas por la instancia psíquica conciente. (1908/2012, p. 141)

En este texto, Freud afirma que las fantasías pueden ser tanto concientes como inconscientes. Asimismo, una fantasía conciente puede volverse inconsciente. Así, se explica:

Las fantasías inconscientes pueden haberlo sido desde siempre, haberse formado en lo inconciente, o bien –caso más frecuente– fueron una vez fantasías concientes, sueños diurnos, y luego se las olvidó adrede, cayeron en lo inconciente en virtud de la represión. (...) Por otra parte, la fantasía inconciente mantiene un vínculo muy importante con la vida sexual de la persona; en efecto, es idéntica a la fantasía que le sirvió para su satisfacción sexual durante un período de masturbación. El acto masturbatorio (en el sentido más lato: onanista) se componía en esa época de dos fragmentos: la convocación de la fantasía y la operación activa de autosatisfacción en la cima de ella. (...) Originariamente la acción era una empresa autoerótica pura destinada a ganar placer de un determinado lugar del cuerpo, que llamamos *erógeno*. Más tarde esa acción se fusionó con una representación-deseo tomada del círculo del amor de objeto y sirvió para realizar de una manera parcial la situación en que aquella fantasía culminaba. Cuando luego la persona renuncia a esta clase de satisfacción masturbatoria y fantaseada, la fantasía misma, de conciente que era, deviene inconciente. (1908/2012, pp. 142-143)

Puede apreciarse aquí el lugar preminente que adquiere el concepto de fantasía para comprender la noción de sexualidad en psicoanálisis.

Para concluir con el tema de la fantasía, se hará referencia a la vigésimo tercera de las *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (1916-1917), titulada “Los caminos de la formación de síntoma”, lugar en el que Freud habla de las fantasías primordiales, comunes a todo sujeto. Así, se lee:

¿De dónde vienen la necesidad de crear tales fantasías y el material con que se construyen? No cabe duda de que su fuente está en las pulsiones, pero queda por explicar el hecho de que en todos los casos se creen las mismas fantasías con idéntico contenido. (...) Opino que estas *fantasías primordiales* –así las llamaría, junto a algunas otras- son un patrimonio filogenético. En ellas, el individuo rebasa su vivenciar propio hacia el vivenciar de la prehistoria, en los puntos en que el primero ha sido demasiado rudimentario. Me parece muy posible que todo lo que hoy nos es contado en el análisis como fantasía –la seducción infantil, la excitación sexual encendida por la observación del coito entre los padres, la amenaza de castración (o, más bien, la castración)- fue una vez realidad en los tiempos originarios de la familia humana, y que el niño fantaseador no ha hecho más que llenar las lagunas de la verdad individual con una verdad prehistórica. (1916/2012, p. 338)

Freud pone de relieve el lugar preminente que ocupan las fantasías en la vida psíquica de todo sujeto. Incluso Freud aventura allí, como hipótesis, que podría rastrearse en determinadas fantasías comunes el patrimonio filogenético que hereda todo sujeto.

1. 7. 2. Teorías sexuales infantiles.

A continuación, se hará referencia a las teorías sexuales infantiles, surgidas del “*pulsionar de los niños*”, como dice Freud en su texto *Sobre las teorías sexuales infantiles* (1908/2012).

Allí explicita:

Estas falsas teorías sexuales que ahora elucidaré poseen, todas, un curiosísimo carácter. Aunque grotescamente falsas, cada una de ellas contiene un fragmento de la verdad, y son análogas en este aspecto a las soluciones tildadas de geniales que los adultos intentan para los problemas del universo cuya dificultad supera el intelecto humano. Lo que hay en esas teorías de correcto y acertado se explica por su proveniencia de los componentes de la pulsión sexual, ya en movimiento dentro del organismo infantil. En efecto, tales supuestos no han nacido del albedrío psíquico ni de unas impresiones casuales, sino de las objetivas necesidades de la constitución psicosexual; por eso podemos hablar de teorías sexuales típicas en los niños, y por eso hallamos las mismas opiniones erróneas en todos los niños cuya vida sexual nos resulta accesible. (1908/2012, p. 192)

Puede apreciarse cómo, a la par de la actividad del fantasear, se construyen teorías para encontrar explicación o respuesta en la infancia, en términos de representación, a la corriente sexual que pulsiona.

Explica Freud a propósito de las teorías sexuales infantiles:

La primera de estas teorías se anuda al descuido de las diferencias entre los sexos (...) Ella consiste en *atribuir a todos los seres humanos, aun a las mujeres, un pene*, como el que el varoncito conoce en su cuerpo propio (...)

Su ignorancia de la vagina posibilita al niño convencerse también de la segunda de sus teorías sexuales. Si el hijo crece en el vientre de la madre y es sacado de ahí, ello ocurrirá por la única vía posible: la abertura del intestino. *Es preciso que el hijo sea evacuado como un excremento, una deposición (...)*

La tercera de las teorías sexuales típicas se ofrece a los niños cuando, por alguno de los azares hogareños, son testigos del comercio sexual entre sus padres, acerca del cual, en ese caso, pueden recibir sólo unas percepciones harto incompletas (...) la posición recíproca de las dos personas, los ruidos que hacen o ciertas circunstancias secundarias, siempre llegan a lo que podríamos llamar la misma *concepción sádica del coito (...)* (1908/2012, pp. 193-196)

Luego, con el advenimiento de la pubertad, estas infantiles teorías respecto de cómo vienen los niños al mundo, darán lugar a que continúe la exploración en torno a la sexualidad adulta.

Dice Freud:

Esos posteriores empeños del pensamiento para solucionar el enigma sexual (...) su significatividad reside más bien en que vuelven a despertar las huellas, devenidas inconscientes, de aquel primer período del interés sexual, de suerte que no rara vez se anuda a ellos un quehacer sexual masturbatorio y algún desasimiento afectivo respecto de los padres. (1908/2012, p. 199)

Parecen ser efectivamente las teorías sexuales infantiles, en la pubertad, las que, junto con la vida de fantasía, mueven el pensamiento del púber para proseguir con el esclarecimiento de la sexualidad adulta.

Freud remarca, según se recoge en un acta de reunión de la Sociedad Psicoanalítica de Viena de 1907, cuando se ocupan de *El despertar de la primavera* de Frank Wedekind, que *“en el fondo de todas las concepciones erróneas que ellos [los niños] pueden construir al respecto [de la sexualidad] hay siempre un núcleo de verdad”* (1907/2017, p. 111). Esto justifica para Freud su estudio y consideración, por cuanto dichas teorías, devenidas inconscientes en la pubertad, jalonan la sexualidad del sujeto.

1. 7. 3. Complejo de Edipo.

Corresponde abordar el complejo de Edipo, noción central en psicoanálisis en lo que refiere a la sexualidad.

En *La organización genital infantil (Una interpolación en la teoría de la sexualidad)*, Freud asevera:

Hoy ya no me declarararía satisfecho con la tesis de que el primado de los genitales no se consuma en la primera infancia, o lo hace sólo de manera muy incompleta. La aproximación de la vida sexual infantil a la del adulto llega mucho más allá, y no se circunscribe a la emergencia de una elección de objeto. Si bien no se alcanza una verdadera unificación de las pulsiones parciales bajo el primado de los genitales, en el apogeo del proceso de desarrollo de la sexualidad infantil el interés por los genitales y el quehacer genital cobran una significatividad dominante, que poco le va en zaga a la de la edad madura. El carácter principal de esta organización genital infantil es, al mismo tiempo, su diferencia respecto de la organización genital definitiva del adulto. Reside en que, para ambos sexos, sólo desempeña un papel *un genital*, el masculino. Por tanto, no hay un primado genital, sino un primado del *falo*. (1923/2012, p. 146)

Este artículo, viene justamente a interpolarse a la teoría sexual que Freud había comenzado hacia 1905. La postulación ahora de una fase fálica, donde prima la representación del genital masculino, aportará mayor intelección al complejo de castración, aquello que regula el complejo de Edipo. En este sentido, opina Freud: *“sólo puede apreciarse rectamente la significatividad del complejo de castración si a la vez se toma en cuenta su génesis en la fase del primado del falo”* (1923/2012, p. 147).

Para avanzar con el concepto de complejo de Edipo, se hará referencia a *El sepultamiento del complejo de Edipo* (1924/2012). Artículo que comienza de la siguiente manera:

El complejo de Edipo revela cada vez más su significación como fenómeno central del período sexual de la primera infancia. Después cae sepultado, sucumbe a la represión –como decimos-, y es seguido por el período de latencia. Pero todavía no se ha aclarado a raíz de qué se va a pique (al fundamento); los análisis parecen enseñarlo: a raíz de las dolorosas desilusiones acontecidas. La niña, que quiere considerarse la amada predilecta del padre, forzosamente tendrá que vivenciar alguna seria reprimenda de parte de él, y se verá arrojada de los cielos. El varoncito, que considera a la madre como su propiedad, hace la experiencia de que ella le quita amor y cuidados para entregárselos a un recién nacido. (1924/2012, p. 181)

El complejo de Edipo, contemporáneo de la organización genital infantil o fálica, en determinado momento sucumbe y da lugar al período de latencia.

Freud se pregunta en este trabajo respecto de las diferencias entre el varón y la niña.

El proceso de sepultamiento del complejo de Edipo ocurre del siguiente modo, según explica Freud:

Las investiduras de objeto son resignadas y sustituidas por identificación. La autoridad del padre, o de ambos progenitores, introyectada en el yo, forma ahí el núcleo del superyó, que toma prestada del padre su severidad, perpetúa la prohibición del incesto y, así, asegura al yo contra el retorno de la investidura libidinosa de objeto. (1924/2012, p. 184)

Sin embargo, el caso del varón parece más claro a Freud, por cuanto interviene el complejo de castración, que manda al fundamento al complejo de Edipo. Pero el caso de la niña, plantea una diferencia. Ella, en su desarrollo sexual, *“acepta la castración como un hecho consumado, mientras que el varoncito tiene miedo a la posibilidad de consumación”* (1924/2012, p. 186).

Luego, explica Freud:

Excluida la angustia de castración, está ausente también un poderoso motivo para instituir el superyó e interrumpir la organización genital infantil. Mucho más que en el varón, estas alteraciones parecen ser resultado de la educación, del amedrentamiento externo, que amenaza con la pérdida ser-amado. El complejo de Edipo de la niñita es mucho más unívoco que el del pequeño portador del pene; según mi experiencia, es raro que vaya más allá de la sustitución de la madre y de la actitud femenina hacia el padre. (Ibídem)

En *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos* (1925) el interés freudiano recae particularmente sobre el desarrollo sexual de la niña, para intentar comprender el desarrollo sexual pre-edípico y cómo ella ingresa al complejo de Edipo. En este contexto, plantea la envidia fálica como elemento organizador de la fase fálica en la niña.

Respecto de lo que se ha desarrollado, puede considerarse que el complejo de Edipo, se ubica como piedra angular para comprender la sexualidad en psicoanálisis. Freud se dedicó a pensarlo desde muy temprano en su obra, y fue trabajando en él a medida que avanzaba y se engrosaba el corpus psicoanalítico. En este sentido, también indagó en las raíces prehistóricas del mandato cultural de la prohibición del incesto, producto del horror al incesto. Su texto *Tótem y tabú* (1913) da prueba de ello, con el mito del padre de la horda primitiva.

En síntesis, es pertinente decir que Freud inaugura una particular noción de sexualidad. Su concepción de sexualidad se sostiene a partir de otros conceptos de suma importancia para el psicoanálisis, desarrollados en este capítulo: pulsión, libido, fantasía, teorías sexuales infantiles, complejo de Edipo, entre otras nociones. Esta revisión posibilita principalmente comprender el despertar sexual que acontece con la pubertad, y asimismo comenzar a sopesar el trabajo subjetivo que convoca a cada quien frente a lo que Freud llamó "*las metamorfosis de la pubertad*". En el capítulo que continúa, referido a la cuestión en Jacques Lacan, se hace énfasis en el trabajo subjetivo del púber frente al despertar sexual.

Capítulo II

Despertar sexual y trabajo subjetivo en Jacques Lacan

2. La perspectiva de Lacan.

2. 1. El despertar de la primavera.

En el año 1974, se le pide a Jacques Lacan un texto, para ser incluido en el programa de la pieza teatral que subía a escena por esos días en Francia: *El despertar de la primavera* de Frank Wedekind. La obra, una *tragedia infantil*, como la subtitula su autor, data de 1891. La trama, sucintamente dicho, aborda el asunto de cómo un grupo de jóvenes de catorce años se enfrentan al despertar sexual.

Lacan escribe un texto, que acompaña el programa que se entregó a los asistentes al teatro, y que asimismo integró la edición francesa de la obra.

Se trata de un breve artículo, recopilado inicialmente para su estudio en lengua española en *Intervenciones y textos 2* (Lacan, 1988/2010). Asimismo, también se publica, más recientemente, en *Otros escritos* (Lacan, 2012).

El escrito, al igual que la obra de Wedekind, se titula *El despertar de la primavera*, según la traducción de Julieta Sucre y Juan Luis Delmont (1988/2010). El original en francés, es traducido literalmente al español: *L'éveil du printemps*. Es un texto corto, de muy pocas páginas, en el que se condensan varias cuestiones. Primeramente, allí Lacan entrecruza lecturas: la obra de Wedekind, con el acta de la Sociedad Psicoanalítica de Viena de 1907, en la que Freud y colegas comentan justamente dicha pieza teatral a la luz del psicoanálisis. Asimismo, Lacan produce su lectura desde desarrollos conceptuales propios, que ha formulado y trabajado para esa época, año 1974. En ese momento contaba, con el dictado de más de veinte seminarios a la fecha, y había publicado ocho años antes sus *Escritos* (1966). En términos de Jean-Claude Milner (1995/2016), nos encontramos con un escrito de Lacan perteneciente al “segundo clasicismo lacaniano”.

Corresponderá a continuación, explorar detenidamente el prefacio, donde se articula desde una perspectiva psicoanalítica el despertar sexual con el trabajo subjetivo de cada púber para resolver la tragedia infantil.

2. 2. La sexualidad hace agujero en lo Real.

Precisamente en el texto aludido, Lacan escribe: “*Que lo que Freud delimitó de lo que él llama sexualidad haga agujero en lo real, es lo que se palpa en el hecho de que al nadie zafarse bien del asunto, nadie se preocupe más por él.*” (1988/2010, p. 110). Esta cita y, dentro de ella, la primera parte, donde enuncia que la sexualidad hace agujero en lo Real, lleva a interrogarse por cierto recorrido lógico que Lacan estaría planteando en ese momento, respecto del despertar sexual en la pubertad y el trabajo subjetivo que eso convoca.

Esquemáticamente dicho: la sexualidad hace agujero en lo Real, lo que convoca tanto a lo Simbólico como a lo Imaginario, en un esfuerzo de anudamiento.

Respecto de los tres registros de la experiencia y específicamente de lo Real, cabe realizar la siguiente digresión. Como indica Diana Rabinovich en una clase dedicada a lo Imaginario, lo Simbólico y lo Real (1995/inédito):

Lo propio, lo característico de Lacan es sostener que toda realidad humana, está organizada por los tres órdenes: lo simbólico, lo imaginario y lo real (...)
La originalidad de Lacan culminará al final de su enseñanza cuando propone que la estructura como tal está constituida por los tres órdenes, considerado cada uno de ellos como un redondel de cuerda, que se anudan gracias a un cuarto redondel que podrá tener distintos nombres (...)
Lo fundamental es que la forma en que se anudan, en que se relacionan entre sí los 3 órdenes en el nudo borromeo, es para Lacan al final de su experiencia la estructura misma. (1995/inédito, p. 1)

A partir de lo cual puede considerarse que, así como Freud se ocupa de distinguir entre realidad objetiva (*Wirklichkeit*) y realidad psíquica (*Réalität*), Lacan, por su parte, entiende la realidad humana organizada por los tres registros: Imaginario, Simbólico y Real, a partir de sus diferentes combinatorias posibles.

En la misma clase, Rabinovich explica respecto de lo Real:

Lo real, sin embargo, empieza a asomar más claramente a fines del Seminario II, Seminario III, donde aparece no ya como aquello que el psicoanálisis no puede alcanzar porque es un real externo a la palabra, al sujeto de la palabra, etc., sino como aquello que vuelve siempre al mismo lugar.
(...) Lacan apunta a que si algo está siempre en el mismo lugar, ello quiere decir que está fijo y no se mueve. Lo que está fijo y no se mueve remite a un término freudiano central, la fijación. Lacan se refiere a la fijación, eso es lo que muchas veces no se ve, cuando habla de lo real. Ese real inamovible, que

hagamos lo que hagamos vuelve, además, no sólo esta fijo, sino que tiene cierta temporalidad cíclica, que en el caso del inconsciente no remite a ciclos naturales, sino a ciclos determinados por el azar, en los que se vuelve a un punto que, para cada uno de nosotros, retorna, y que no se mueve de cierto lugar. (1995/inédito, p. 7)

Lo Real, como explica Rabinovich, se opone a la realidad, no es la realidad. Pero forma parte, junto a los otros dos registros, de la estructura subjetiva. Lo Real es lo que se repite incesantemente. En palabras de la autora:

Por lo tanto, la aparición de lo real implica, en esto que vuelve siempre al mismo lugar, a la repetición. Sabemos que hay una relación muy íntima entre repetición y fijación en la obra freudiana: en *Más allá del principio de placer* eso que reaparece aunque yo no quiera que aparezca, aún cuando perturba mi homeostasis, aún cuando perturba mi tranquilidad, vuelve. Y vuelve a veces con una sensación que, como lo dice el propio Freud, le crea al sujeto una impresión demoníaca. (1995/inédito, p. 8)

Rabinovich sostiene que, para Lacan, “el punto de imposible” común a toda la especie humana es la pérdida de naturalidad de los sexos, es decir, la no complementariedad del hombre y la mujer. Asimismo, destaca que Lacan, retomando a Freud, propone que “*el inconsciente tiene como eje de su estructura el punto de real como imposible*” (1995/inédito, p. 9).

Y continúa explicando:

Tanto el inconsciente, el ello, como el síntoma, como cualquier otro concepto freudiano, el sujeto, el objeto a, puede ser calificado alternativamente de simbólico, imaginario o real. En realidad están en la intersección, en lo que Lacan llamará el punto de anudamiento entre los tres órdenes que delimitan al sujeto o al inconsciente. Esta afirmación es una suerte de brújula que facilita la lectura compleja de Lacan. (1995/inédito, p. 9)

Hacia el final de su clase, Rabinovich advierte que Lacan, al cerrar su obra en 1981, en el seminario de Caracas, concluía diciendo “*mis tres no son el Ello, Yo y Superyó, sino lo Simbólico, lo Imaginario y lo Real*” (1995/inédito, p. 10).

Pero, para proseguir, es legítimo interrogarse: ¿por qué la sexualidad hace agujero en lo Real? En este punto, para responder ese interrogante, hay que señalar primero las diferencias en cuanto a la definición de sexualidad que plantean Freud y Lacan.

En el Seminario XI, del año 1964, Lacan dice lo siguiente:

La realidad del inconsciente es –verdad insostenible- la realidad sexual. A cada paso Freud lo recalca empecinadamente, por así decirlo. ¿Por qué es una realidad insostenible? (...)

Ahora sabemos un poquito más sobre el sexo. Sabemos que la división sexual, predominante entre los seres vivientes, asegura el mantenimiento del ser de una especie. (...)

Pero no deja de ser cierto que la sobrevivencia del caballo como especie tiene un sentido –cada caballo es transitorio y muere. Así se percibe que el lazo del sexo con la muerte, con la muerte del individuo, es fundamental. (1964/2006, p. 156)

Para Lacan, la realidad del inconsciente, tiene que ver con el significante y la combinatoria significativa. Sostiene que lo inconsciente está estructurado como un lenguaje.

Un poco más adelante en el mismo Seminario se lee:

El estructuralismo moderno ha logrado precisarlo [al juego de alternancias] al mostrar que los intercambios fundamentales ocurren en el plano de la alianza, opuesto al de la generación natural, al del linaje biológico, es decir, en el plano del significante. Y allí, justamente encontramos las estructuras más elementales del funcionamiento social, estructuras que han de inscribirse en términos de combinatoria.

La integración de esta combinatoria a la realidad sexual suscita la pregunta de si será ésa la vía por la que llegó al mundo, al mundo del hombre, el significante. (1964/2006, p. 157)

La sexualidad, se comprende en su estructura significativa. Luego, si toda estructura de lenguaje, como registro Simbólico, surge para nombrar la ausencia, es decir, el símbolo adviene en el lugar de la falta de objeto, se comienza a comprender por qué en 1974 Lacan afirma que la sexualidad a la que se refiere Freud hace un agujero en lo Real.

El despertar de la primavera, implica una segunda marejada pulsional que arremete a los púberes de la tragedia de Frank Wedekind. Cada jovencito se ve confrontado con su condición de sujeto sexuado y mortal, frente a lo cual cada quien tomará diferentes posiciones. Lacan, al comienzo de su prefacio de 1974 dice precisamente: *“De este modo aborda un dramaturgo, en 1891, el asunto de qué es para los muchachos hacer el amor con las muchachas, marcando que no pensarían en ello sin el despertar de sus sueños.”* (1974/2010, p. 109).

Se ingresa a la pubertad por la vía de ese agujero que deja al descubierto la sexualidad, ese es el despertar de la primavera, un segundo florecimiento de la pulsión sexual en su máxima expresión –en términos freudianos. El agujero,

lo no simbolizado ni imaginizado, despierta sueños y fantasías, y también despierta al niño del período de latencia. Así, sueño y fantaseo, van permitiendo tejer una urdimbre simbólica e imaginaria que posiciona de otro modo frente al agujero en lo Real.

En el escrito *Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano* (1966), Lacan comienza a desplegar el grafo del deseo explicando lo siguiente:

Les ahorraremos a ustedes sus etapas dándoles de buenas a primeras la función de los dos puntos de cruzamiento en este grafo primario. Uno, connotado A, es el lugar del tesoro del significante (...) El otro, connotado s (A), es lo que puede llamarse la puntuación donde la significación se constituye como producto terminado. (...)

Los dos participan de esa oferta al significante que constituye el agujero en lo real, uno como hueco de ocultamiento, el otro como perforación para la salida.

La sumisión del sujeto al significante, que se produce en el circuito que va de s (A) a A para regresar de A a s (A), es propiamente un círculo (...) no remite sino a su propia anticipación en la composición del significante, en sí misma insignificante. (1966/2008, p. 767)

Puede apreciarse a partir de la cita, contemporánea del Seminario XI, cómo para Lacan la noción de agujero daría cuenta de lo faltante, a condición de lo cual se monta la estructura significante. El montaje significante se constituye a partir del Otro, y se va desplegando a través de la demanda, el deseo y el fantasma. Ese montaje o estructura de ficción, como lo llama en este texto Lacan, sería la respuesta del sujeto al agujero en lo Real.

Lo inconsciente está estructurado, es decir, lo inconsciente se comporta como un lenguaje, en donde un significante remite a otros significantes, produciéndose la significación en la oposición y diferencia entre significantes, de lo que resulta un sujeto. Si hay sujeto, puede suponerse por la existencia de una combinatoria significante. Ese agujero es condición de posibilidad del sujeto.

El agujero, asimismo, se ve representado en la barra que tacha al sujeto, a medida que Lacan va desplegando la explicación y escritura del grafo del deseo en el artículo en cuestión. También puede considerarse representado el agujero, en la barra que tacha al gran Otro (A), por cuanto el sujeto se

encuentra con la castración⁸, la falta, en la madre, quien representa ese primer gran Otro tesoro de los significantes.

En otro escrito, titulado *La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud* (1966), escribe Lacan:

(...) no hay ninguna significación que se sostenga si no es por la referencia a otra significación: llegando a tocar en caso extremo la observación de que no hay lengua existente para la cual se plantee la cuestión de su insuficiencia para cubrir el campo del significado, ya que es un efecto de su existencia de lengua el que responda a todas las necesidades. Si nos ponemos a circunscribir en el lenguaje la constitución del objeto, no podremos sino comprobar que sólo se encuentra al nivel del concepto (...) (1966/2002, pp. 477-478)

Cita que de algún modo refuerza la idea del agujero inaugural o estructurante del sujeto: no hay metalenguaje ni Otro del Otro. Hay más bien un vacío, un agujero, a partir de lo cual comienza a moverse la significación. El orden significante, que constituye el registro de lo Simbólico, se despliega a partir del vacío.

A continuación, se trabajan conceptos que desarrolla Lacan en el Seminario XI, de 1964.

Dice Lacan a propósito de lo Real y la pulsión:

Lo real se distingue, como lo dije la vez pasada, por su separación del campo del principio del placer, por su desexualización, por el hecho de que su economía, en consecuencia, admite algo nuevo que es, justamente, lo imposible. (...)

En cierto modo, al dar con su objeto la pulsión se entera, precisamente, de que no es así como se satisface. (...)

Para poder decir que en la pulsión, sea cual fuere, el objeto es indiferente ¿cómo hay que concebir este objeto? (...)

A la función de objeto del pecho –de objeto a causa del deseo, según la noción que yo propongo –tenemos que concebirla de modo que nos permita decir el

⁸ En el Seminario IV, en la clase del 13/03/1957, Lacan se dedica a trabajar la castración, para ubicarla justamente en su dimensión simbólica. Propone así una relectura del caso Juanito de Freud. Y dice respecto de Juanito y el complejo de castración:

Sólo se habla del falo, no se habla de otra cosa (...) el falo es verdaderamente el eje, el objeto central de la organización de su mundo. (...)

El complejo de castración traslada al plano puramente imaginario todo lo que está en juego en la relación con el falo. Precisamente por este motivo conviene que el pene real quede al margen. La intervención del padre introduce aquí el orden simbólico con sus defensas, el reino de la ley (...) El orden simbólico interviene precisamente en el plano imaginario. La castración afecta al falo imaginario pero de algún modo fuera de la pareja real, y eso tiene su razón de ser. (1957/2018, pp. 227-229)

lugar que ocupa en la satisfacción de la pulsión. La mejor fórmula me parece la siguiente- la pulsión le da la vuelta, lo contornea. (1964/2006, pp. 174-176)

En esta cita puede apreciarse cómo entiende Lacan aquello indicado por Freud respecto de la pulsión y su objeto, en el sentido de que poco importa el objeto del que se valga la pulsión para su satisfacción, pues nunca se trata de ese objeto ni la satisfacción es total, sino parcial. Esto lleva a recordar lo trabajado previamente respecto de la noción de objeto en psicoanálisis, a partir de los desarrollos de Diana Rabinovich.

En Freud se ubicarían tres objetos, inescindibles pero diferenciables, esto es: objeto de deseo, objeto de la pulsión y objeto de amor. A partir de la elaboración del objeto de deseo de Freud, Lacan propone el objeto a, causa de deseo.

Más adelante, se lee en el Seminario XI: *“La pulsión, justamente, es el montaje a través del cual la sexualidad participa en la vida psíquica, y de una manera que tiene que conformarse con la estructura de hiancia característica del inconsciente.”* (1964/2006, p. 183). A partir de lo cual puede considerarse que un agujero en lo Real, que aquí Lacan denomina “hiancia del inconsciente”, es que comienza a funcionar la pulsión, como el montaje que posibilita inscripción psíquica de la sexualidad.

Para insistir en la noción de sexualidad a partir del agujero en lo Real, es decir, tomar noticia de lo dificultoso de la sexualidad para todo sujeto, dice Lacan:

(...) en lo referente a la instancia de la sexualidad, la situación es la misma para todos los sujetos, así sean niños o adultos –todos se enfrentan sólo con la sexualidad que pasa por las redes de la constitución subjetiva, las redes del significante- la sexualidad sólo se realiza mediante la operación de las pulsiones en la medida en que son pulsiones parciales, parciales respecto de la finalidad biológica de la sexualidad. (1973/2006, p. 184)

Aquí Lacan realza aquella caracterización freudiana de *Tres ensayos para una teoría sexual* (1905), respecto de la sexualidad, como perversa y polimorfa.

Para Lacan, a partir de este desarrollo, la sexualidad comparte con lo Real esa característica de imposible, de realizable o representable sólo parcialmente. Como cuando dice en su Seminario XI a propósito del objeto a y la pulsión:

El objeto a minúscula no es el origen de la pulsión oral. No se presenta como el alimento primigenio, se presenta porque no hay alimento alguno que

satisfaga nunca la pulsión oral, a no ser contorneando el objeto eternamente faltante. (1964/2006, p. 187)

Del Seminario XI se extraen conceptualizaciones muy importantes para examinar la cita con que comienza este capítulo, esto es: que la sexualidad hace agujero en lo Real. Una cuestión que plantea Lacan releendo a Freud, pero a partir de postulados propios, como por ejemplo el concepto de objeto a.

Y respecto al sujeto en relación al objeto a, Lacan explica en el Seminario XI:

El sujeto es un aparejo. Este aparejo tiene lagunas, y en esas lagunas el sujeto instaura la función de cierto objeto como objeto perdido. Es el status del objeto a en tanto está presente en la pulsión.

En el fantasma, el sujeto a menudo pasa desapercibido, pero allí está siempre, así sea en el sueño, la ensoñación, o cualquier otra forma más o menos desarrollada. El sujeto se sitúa él mismo como determinado por el fantasma. (1964/2006, p. 192)

De lo que se comprende que, tanto del lado del sujeto como del objeto, lo que se produce es una articulación significativa, como montaje, que de algún modo recubre la falta, hiancia o agujero estructural.

A continuación, tras haber explicitado esta cuestión del agujero en lo Real que el despertar sexual en la pubertad deja al descubierto, corresponde ocuparse del sujeto y su posición frente al agujero y el objeto a.

2. 3. Trabajo subjetivo a partir del agujero en lo Real.

Continuando con la noción de agujero, puede sostenerse que para Lacan lo inconsciente, *das Es*, funciona como tal: como haciendo hiancia. Se verá posteriormente que lo inconsciente no es algo del orden de lo existente, sino más bien del orden de lo faltante o, como dirá Lacan, de lo supuesto. El agujero estructural fundará el nudo supuesto que revela la experiencia analítica: Real, Simbólico e Imaginario.

En esta ilación de pensamiento, lo Real, que siguiendo a Lacan es lo imposible, convoca a lo Simbólico y lo Imaginario.

En el Seminario XXI, dictado durante 1973-1974, contemporáneo al *Despertar de la primavera* (1974), Lacan se preguntaba: “¿Acaso lo Real nunca es sino

supuesto?” (1973/inédito, p. 72). Cuestión que responde de la siguiente manera:

En este nudo, este nudo que yo profiero, en este nudo hecho de lo Simbólico y de lo Imaginario en tanto que es solamente algo que con, con... hace tres, que los anudo, es de lo Real que se trata. Que ellos sean tres, en esto consiste lo Real ¿Por qué es tres lo Real? Pregunta que fundo, y que justifico así: que no hay relación sexual. (Ibídem)

Enunciar que no hay relación sexual, en este contexto, supone que no hay existencia natural, que no habría una naturaleza del sujeto. El sujeto adviene por efecto de lo Real, de lo que no existe en lo Real, y toma una particular posición subjetiva a través de lo Simbólico y lo Imaginario.

A propósito de posición subjetiva, corresponde hacer una referencia al escrito de Lacan titulado *La significación del falo* (1966). Allí, Lacan plantea que “*el complejo de castración inconsciente tiene una función de nudo*” (1966/2008, p. 653). Al respecto, Diana Rabinovich (1995) explica:

El falo, entonces, es situado como regulador del desarrollo; función ésta que se funda en la idea de una proporción, de una común medida, de una razón en sentido matemático, que brinda un patrón de medida que le permite operar en la estructuración dinámica de los síntomas; el falo, en tanto que cumple una función de regulación del desarrollo, brinda la *ratio* (...) (1995, p. 15)

Lacan se pregunta, respecto del sujeto: “*¿por qué no debe asumir sus atributos sino a través de una amenaza, incluso bajo el aspecto de una privación?*” (1966/2008, ibídem). Lacan explica que se trata de la relación del sujeto al significante. De su relación a ese significante particular que es el falo, que organiza la vida del sujeto.

Y dice:

El falo aquí se esclarece por su función. El falo en la doctrina freudiana no es una fantasía (...) No es tampoco como tal un objeto (parcial, interno, bueno, malo, etc...) (...) Menos aún es el órgano, pene o clítoris, que simboliza (...)

Pues el falo es un significante (...) Pues es el significante destinado a designar en su conjunto los efectos del significado, en cuanto el significante los condiciona por su presencia de significante.

Examinemos pues los efectos de esa presencia. Son en primer lugar los de una desviación de las necesidades del hombre por el hecho de que habla, en el sentido de que en la medida en que sus necesidades están sujetas a la demanda, retornan a él alienadas. (1966/2013, p. 657)

Rabinovich (1995) aporta claridad cuando sostiene:

(...) para Lacan, se trata de la instalación, de la instauración, de una posición subjetiva. El falo, por ende, permite la instalación del sujeto en una

determinada posición como sujeto del inconsciente, o sea, como \$, que posibilita su identificación, a partir de dicha posición subjetiva, con “el tipo ideal de su sexo”. (1995, p. 16)

Al respecto, es interesante destacar que entonces, con el advenimiento de la pubertad, de lo que se trata, ya no es tan sólo de una unificación de las pulsiones parciales bajo el primado de lo genital, como postula Freud. Sino que, con el despertar sexual de la pubertad, el sujeto debe encontrar una nueva posición subjetiva respecto al significante fálico, para tomar una posición sexuada.

2. 4. ¿Qué trabajo subjetivo convoca al púber?

Luego, volviendo el punto de mira al momento de la pubertad, tiempo en el que se centra la reflexión del *Despertar de la primavera* (1974), la pregunta podría ser ¿qué trabajo subjetivo convoca al púber? Si se conceptualiza la pubertad como ese momento en que la sexualidad hace agujero en lo Real, es decir, la oleada pulsional vuelve a arremeter hacia el sujeto, haciendo agujero. Podría interrogarse: ¿cómo anudar Real, Simbólico e Imaginario?

En 1974, en el citado prefacio de *El despertar de la primavera*, Lacan explica que este agujero en lo Real que la sexualidad deja al descubierto, también se sostiene por el enigma que rodea al asunto mismo de la sexualidad. Esto remite al acta de la Sociedad Psicoanalítica de Viena, de 1907, en la que se comentó la obra de Wedekind. En aquella ocasión, Freud explicaba lo siguiente:

La pregunta que está en la base de todas las interrogaciones es sin duda la que nace de la curiosidad infantil por la sexualidad: ¿de dónde vienen los niños? Sólo que la Esfinge plantea la pregunta al revés: ¿qué es lo que viene? La respuesta: el ser humano. (1907/2017, p. 113)

Como la sexualidad hace agujero en lo Real, de allí derivarían estas inquietudes en torno a la sexualidad: el complejo de Edipo como organizador de la vida sexual, las teorías sexuales infantiles, las fantasías que recubren lo real.

Asimismo, Lacan plantea en su prólogo de 1974 que, tras el velo del enigma, de cualquier enigma, que siempre es enigmático en relación a la sexualidad, lo que se descubre es que no hay nada; el velo se levanta, o se corre, y tras

de sí no muestra nada. ¿Acaso porque no hay nada escondido por el enigma?
¿Qué sentido tiene el enigma entonces?

Dice Lacan al respecto:

Indiqué el vínculo de todo esto con el misterio del lenguaje y con el hecho de que se encuentre el sentido del sentido proponiendo el enigma.

El sentido del sentido es que se vincula con el goce del varón como interdicto. Ciertamente no para prohibir la relación llamada sexual, sino para fijarla en la no-relación que vale en lo real. (1974/2010, pp. 110-111)

Es decir, frente al agujero en lo Real, el lenguaje emerge como orden significante que permite producir sentido, proponiendo enigmas allí donde no hay respuesta, ni proporción, ni ex – sistencia dirá Lacan. En lo Real no habrá relación, porque no está inscripta ninguna función, ni sexual, ni masculino, ni femenino. La relación se dará en los otros planos del anudamiento: en lo Simbólico y en lo Imaginario.

La posibilidad de crear sentido, en esta acepción psicoanalítica del término, puede suponerse como fundamental para el púber frente al agujero en lo Real, que la sexualidad deja al descubierto. Lo que lleva a cuestionarse: ¿cómo se adquiere el sentido? ¿cómo se reactualizan los enigmas en la pubertad, tal como pensaba Freud?

Lacan, en 1974, al realizar una lectura del *Despertar de la primavera* (1891) de Frank Wedekind, propuso que, frente al agujero en lo Real, se produce algo, a partir de un trabajo que podría denominarse subjetivo. Lo que se produce o elabora es algo que dará sentido y orden frente al agujero en lo Real. El producto, lo producido que conecta lógicamente infancia y pubertad, posibilitaría el anudamiento antes mencionado entre Real, Simbólico e Imaginario. A esta elaboración producto del trabajo subjetivo, en ese escrito, Lacan la llama *el fantasma de la realidad ordinaria* (1974/2010).

En comunicación personal, el Dr. Juan Dobón, explicaba que podría establecerse la siguiente distinción entre fantasma de la realidad ordinaria, y lógica del fantasma: “Se trataría, analíticamente, de ir a la lógica del fantasma de la realidad ordinaria.” (J. Dobón, comunicación personal, 25 de noviembre de 2017). En este sentido, se comprende que el dispositivo analítico iría tras la lógica de ese fantasma de la realidad ordinaria. Ahora bien, según Dobón,

ese fantasma empezaría por ser de la realidad ordinaria, por cuanto tiene como función ordenar.

Justamente, en 1974, Lacan escribía:

De este modo cumple función de real, lo que se produce efectivamente, el fantasma de la realidad ordinaria. A través de lo cual se desliza en el lenguaje lo que éste transporta: la idea del *todo* a la cual empero hace objeción el más mínimo encuentro con lo real. (1974/2010, p. 111)

El fantasma de la realidad ordinaria, que podría sintetizarse escribiendo el matema del fantasma, sujeto barrado *losange a*, el fantasma, resulta un concepto central en la obra de Lacan, que posibilita comprender el arduo trabajo subjetivo que toca a todo púber frente al agujero en lo Real.

Este posicionamiento frente al agujero que la sexualidad deja al descubierto, en la pubertad, tras el segundo despertar sexual, requerirá modificar algo en la organización pulsional que el niño había logrado a través de su fantasma, a la salida del Edipo. Esa especie de orden del mundo pulsional de la infancia, armado a la manera de fantasma, pierde eficacia y se ve conmocionado con el despertar sexual de la pubertad.

Ahora bien, antes de proseguir, será pertinente detenerse en el concepto de fantasma en Lacan. Para luego, retomar la cuestión del fantasma de la realidad ordinaria, que se reelabora a partir del fantasma de la infancia.

2. 5. Fantasma.

El concepto de fantasma, cercano mas no idéntico al concepto freudiano de fantasía, requiere de explicación. Para Lacan, el fantasma, se conforma en la relación del sujeto barrado al objeto a. Relación de conjunción y disyunción al mismo tiempo, como indica el rombo del *losange* entre ambos términos. No obstante, en términos lógicos, no difiere tanto fantasma de fantasía, por cuanto el fantasma también dará cuenta de un modo particular de vérselas el sujeto con su vida pulsional. Más bien, puede sostenerse, quizás, que el fantasma es la continuación en la elaboración y complejización del concepto de fantasía freudiano.

El objeto a, definido como lo que daría cuenta de un agujero estructural, lo perdido por estructura, justamente permite que eche a andar la pulsión. Asimismo, ese objeto a, invención conceptual de Lacan, será el que determine una modalidad de satisfacción pulsional. Luego, el fantasma, servirá de marco a lo Real. Mejor dicho, posibilitará un anudamiento tal entre Real, Simbólico e Imaginario, que oriente al sujeto en sus modalidades de placer y goce.

En *Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano* (1966), Lacan, a propósito del fantasma, explica que el deseo puede articularse porque la demanda se separa de la necesidad, en la medida que se instituye un Otro que formula esa demanda para el sujeto. Dice Lacan que el “*capricho del Otro*”, que nunca se llega a satisfacer del todo, lo cual produce angustia, introduce el fantasma: ese Otro que interroga al sujeto diciendo “*Che vuoi?*”, como el diablo en la novela de Cazzotte. Responder a ese “*¿Qué me quiere?*”, proveniente del Otro, pone en la vía del deseo, inaugurando un circuito pulsional, lo que se representa en el piso superior del grafo del deseo.

Como enseña Lacan:

A lo que hay que atenerse es a que el goce está interdicto para quien habla como tal, o también que no puede decirse sino entre líneas para quienquiera que sea sujeto de la Ley, puesto que la Ley se funda en esa interdicción misma. (1966/2008, p. 781)

A lo que agrega más adelante:

De hecho la imagen del Padre ideal es un fantasma de neurótico. Más allá de la Madre, Otro real de la demanda que se quisiera que calmase el deseo (es decir su deseo), se perfila la imagen de un padre que cerrase los ojos sobre los deseos. Con lo cual queda marcada, más aún que revelada, la verdadera función del Padre que en el fondo es la de unir (y no la de oponer) un deseo a la Ley. (1966/2008, p. 784)

Surge la pregunta respecto de cómo se ordena el deseo y la pulsión, a través de qué. Justamente a eso apunta Lacan cuando ubica el fantasma: un ordenador pulsional, un ordenador de goce a través de la ley del placer. Sin ley no hay deseo, como tampoco lo hay sin demanda proveniente del Otro. Ahora bien, como no hay Otro del Otro, es decir un garante del Otro, allí aparece el fantasma como la construcción imaginaria que según Lacan contiene el menos fi: la negativización del falo. Si no hay falo, si el falo está negativizado, se convierte al falo en objeto de deseo, y esto echa a andar la rueda del deseo.

Entonces, la noción de fantasma (*fantôme*), antes que reducirse a la traducción francesa del término fantasía en alemán (*Phantasie*), denota toda una elaboración respecto del andamiaje simbólico e imaginario en que se apoya la dialéctica del deseo y la constitución del sujeto. El fantasma, a partir de la complejización de la actividad del fantaseo freudiano, sirve de marco a lo Real, sostiene al sujeto, y brinda sentido.

2. 6. Puesta a prueba de los títulos en el bolsillo.

Oscar Masotta sostiene que “*el sujeto humano se erogeniza en un mal lugar*” (1979/2018, p. 52), metáfora que pretende dar cuenta de una relación compleja, de entrada, entre el infantil sujeto y sus padres. Masotta advierte, al interior de los postulados freudianos respecto de la sexualidad, que esos mismos progenitores que despiertan sexualmente el cuerpo erógeno del niño o niña, son las figuras que se deberá abandonar posteriormente, a riesgo de cancelar el deseo.

Esto bien puede introducir la cuestión del complejo de Edipo. A partir del cual, el despertar sexual, en la primera infancia, encuentra cauce, posibilitando la entrada en la latencia y dejando disponibles para un futuro las identificaciones que Lacan, en su seminario de 1957-1958, llamó “títulos en el bolsillo”. Esos títulos o letras de cambio, acompañan al niño o a la niña hasta que irrumpe el segundo despertar sexual, con la pubertad. Ese es, finalmente, el momento de poner a prueba la eficacia de los títulos, para vérselas con lo Real.

¿Por qué lo Real concierne a la sexualidad? En el Seminario V, Lacan brinda una respuesta sucinta a este interrogante. Así, dice: “*la relación del niño con el falo se establece porque el falo es el objeto de deseo de la madre*” (1957/2015, p. 190). El niño o la niña empieza por ser o estar en el lugar del falo. Esa posición subjetiva marca el derrotero de la sexualidad.

2. 7. Edipo.

Lacan explica el Edipo en tres tiempos. Un primer tiempo en el que “*el sujeto se identifica en espejo con lo que es el objeto del deseo de la madre*”

(1957/2015, p. 198). Lacan dice que el niño, para gustar a su madre, tiene que ser el falo. El segundo tiempo tiene que ver con la introducción, o, mejor dicho, la intromisión del padre como figura privadora. Y el tercer tiempo del Edipo, está relacionado con ese pasaje del ser al tener, es decir, como el padre, el niño puede tener el falo, pero no serlo.

En su Seminario de 1957-1958, Lacan lo expresa así:

En primer lugar, la instancia paterna se introduce bajo una forma velada, o todavía no se ha manifestado (...) Por eso la cuestión del falo ya está planteada en algún lugar en la madre, donde el niño ha de encontrarla.

En segundo lugar, el padre se afirma en su presencia privadora, en tanto que es quien soporta la ley, y esto ya no se produce de una forma velada sino de una forma mediada por la madre, que es quien lo establece como quien le dicta la ley.

En tercer lugar, el padre se revela en tanto que él tiene. Es la salida del complejo de Edipo. (1957/2015, p. 200)

¿Qué pasa a la salida del Edipo? Pregunta que conecta, lógicamente, infancia y pubertad, primer y segundo despertar sexual. Al respecto, Lacan explicita que lo que posee el niño a la salida del complejo, no es la posibilidad de ejercer lo que llama sus "*poderes sexuales*", sino más bien quedarán en reserva los títulos que usará en el futuro para ser un hombre. El resultado del Edipo, es la posesión de títulos o identificaciones que servirán en la pubertad para tomar posición de hombre o mujer. En el caso de la niña, no obstante, Lacan dice lo siguiente:

Ella no ha de enfrentarse con esa identificación, ni ha de conservar ese título de virilidad. Sabe dónde está eso y sabe dónde ha de ir a buscarlo, al padre, y se dirige hacia quien lo tiene.

Esto también les indica en qué sentido una feminidad, una verdadera feminidad, siempre tiene hasta cierto punto una dimensión de coartada. (1957/2015, p. 201)

Puede sostenerse, entonces, que el complejo de Edipo, anuda lógica y estructuralmente infancia y pubertad, esbozando la subjetividad adulta.

A continuación, sería menester preguntarse de qué manera se ponen a prueba los títulos que lleva el púber en su bolsillo, cuando acontece el segundo despertar sexual. ¿Cómo se llega a ser un hombre? ¿Y una mujer? Lo que se subsume en esta otra pregunta: ¿cómo se llega a la subjetividad adulta?

Los títulos, o identificaciones, producto del complejo de Edipo, puede hipotetizarse que se ponen a prueba, en la pubertad, a través del fantasma de la realidad ordinaria, que posibilita el deseo y el goce, y asimismo en la posibilidad de establecer lazo social⁹. Entendiendo de tal manera, que el lazo social, justamente, posibilita relacionarse con los otros y, así, con la vida.

Silvia Amigo, en su texto *Clínica de los fracasos del fantasma* (1999), en un capítulo dedicado a la conformación fantasmática en el segundo despertar sexual, expone esquemáticamente la cuestión del primer despertar sexual, la inscripción de la sexualidad, el complejo de Edipo, el segundo despertar que acontece en la pubertad y la puesta a prueba de los títulos en esa segunda vuelta edípica.

En dicho apartado, puede leerse:

Freud señaló como algo específicamente humano (además del hecho de habitar un mundo de palabras) esa característica excepcional de la sexualidad de presentarse en su emergencia como dividida en dos momentos, dos picos, separados ambos por el período de latencia.

Se trata de dos enfrentamientos cruciales con lo Real del goce, goce que llega al sujeto exigido como demanda pulsional de ese Otro que lo hizo venir al mundo.

Como toda ocasión de contacto brusco, puntiforme, despertante, con lo Real, el sujeto se verá obligado a cifrar, a escandir con significantes esa masa que irrumpe así como también a vestirla y velarla con imágenes. Si logra este anudamiento con lo Simbólico y lo Imaginario habrá podido apartar a lo Real de su tendencia inercial hacia la muerte. (1999/2001, p. 171)

La autora plantea que en la posibilidad de anudamiento de lo Simbólico y lo Imaginario con lo Real, existe la conjugación de la sexualidad y la muerte, lo que permite al sujeto sostenerse en la vida, poder vérselas con lo Real en la vida y permanecer.

Un poco más adelante escribe:

⁹ Seoane *et al* (2015) definen así el lazo social:

Ahora bien, entendemos al lazo social siguiendo a Ignacio Lewkowicz (2004) quien en su libro "Pensar sin Estado" trabaja este concepto definiéndolo como "esa ficción eficaz de discurso que hace que un conjunto de individuos constituya una sociedad. Y a la vez, a la ficción social que instituye los individuos como miembros de esa sociedad", es el lazo el que instituye la forma de ser hombres y esto ya no depende de una voluntad individual sino de una situación sociocultural que instituye una sociedad y una manera de ser hombres acordes a esa sociedad. (2015, p. 33)

Todo lo que habitualmente llamamos Edipo, no es sino la ardua elaboración (significante e imaginaria) de ese monto de goce que el Otro demanda al niño. (...)

Sólo en y por esta novela edípica quedará normativamente articulado que sea en Nombre del Padre que del niño quede un real del que el Otro no se apropia. (...)

Sólo por su faz de novela, además, se adquieren los emblemas de la parada sexual femenina o masculina. (1999/2001, pp. 172-173)

Esos emblemas o títulos, de los que habla Lacan en el Seminario V, y que Silvia Amigo retoma en su texto, ¿por qué entran a jugar recién en la segunda vuelta edípica que acontece con pubertad?

Silvia Amigo explica:

Estos “títulos” son esos trazos, esas letras que señalan el resto no apropiado por el campo del Otro (...)

El encaje de triple agujero que señalizan estas letras permitirá colocar fantasmáticamente al “a”. Pero estas escrituras no se pueden poner a prueba en lo Real durante la primera vuelta edípica.

¿Por qué esos títulos van a parar “a los bolsillos”? ¿Por qué no utilizarlos de inmediato? Porque ningún niño tiene posibilidades, en lo real de tener que “pagar” con esas letras (...) Esas letras serán exigidas para responder a las demandas del Otro sexo cuando llegue el momento de la posibilidad del acto sexual.

Y esto sucederá recién cuando otro empuje formidable en lo Real golpee como una “catástrofe” al sujeto en el segundo despertar sexual.

Mientras tanto sobreviene la latencia, donde el sujeto acumula letras y cifras, geografía e historia, ciencias del hombre y la naturaleza. (1999/2001, p. 173)

Los títulos o letras, como enseña Silvia Amigo, posibilitan ubicar al sujeto en relación al objeto a, lo que daría una primera forma al fantasma en la infancia, a la salida del Edipo. No obstante, esos títulos no adquieren pleno valor sino hasta que adviene la pubertad, con el empuje en lo Real que produce el segundo despertar de la sexualidad. Cuando ese empuje en lo Real acontece, es que se pone a prueba, o se verifica, el fantasma.

Siguiendo esta ilación, puede comprenderse por qué tras la pubertad, se produciría lo que algunos autores, como Silvia Wainsztein y Enrique Millán, por ejemplo, llaman la “estabilización” o verificación del fantasma¹⁰. ¿Por qué el fantasma se estabiliza o verifica a partir de la pubertad?

¹⁰ Wainsztein y Millán (2000) sostienen:

Se podría leer en Metamorfosis de la Pubertad la descripción de la constitución del fantasma, sin embargo nos parece más conforme tanto a letra como al espíritu del texto freudiano que en la

A la salida de la primera vuelta edípica, las identificaciones o letras que quedan en el bolsillo, posibilitan inscribir tanto al sujeto, en la forma de sujeto barrado o castrado, como al objeto a, agujero por estructura que posibilita el deseo. De este modo, tras el final del complejo de Edipo, el fantasma se constituye en la implicación de conjunción y disyunción del sujeto barrado con el objeto a. Esa relación del sujeto barrado al a, es lo que se verifica o estabiliza a partir del segundo despertar sexual que sucede en la pubertad. Porque la reactualización edípica, más el empuje de lo Real, definirán la validez y eficacia de los títulos para volver a posicionarse, ahora de modo sexuado.

Wainsztein y Millán, al respecto, escriben:

Si lo novedoso de la pubertad, es el nuevo fin sexual, es decir, el acto sexual, lo novedoso será entonces, que en la pubertad se constituye el objeto que predomine en el fantasma, iniciación de una marca, a la cual se remitiera todo sujeto cada vez que se cuestione la relación con el goce. (2000, p. 28)

Podría suponerse que el "*fantasma de la realidad ordinaria*" del que habla Lacan en 1974, se ve conmocionado en la pubertad, por cuanto debe poner a prueba o reinscribir sus términos algebraicos: el sujeto barrado y el a.

Esta puesta a prueba de la conformación del fantasma de la infancia, tras el segundo despertar sexual, requiere, como sucedió en el primer despertar, de otro que espeje al sujeto, para dar lugar a la constitución no sólo simbólica sino también imaginaria.

De allí la importancia del grupo de pares, escuela, clubes, juegos en red, y toda actividad simbólica que convoque al púber en relación al Otro y los otros. En el lazo social se da la posibilidad de poner a prueba el fantasma, por cuanto fantasma y lazo social van de la mano.

2. 8. Hacerse un hombre situándose a partir del Uno-entre-otros

El advenimiento de la pubertad, como se ha explicitado, convoca un arduo trabajo subjetivo. Tras la pubertad, comienza una edad decisiva, como

pubertad se produce un fenómeno de consolidación, de cristalización y hasta de estabilización de la lógica fantasmática que de un momento puramente o exclusivamente constituido (...) es obvio que se trata de la reorganización retroactiva de elementos preexistentes. (2000, p. 24)

sostiene Juan Mitre (2014). Lo decisivo está marcado por todos aquellos movimientos subjetivos que debe realizar el púber para situarse como uno entre los otros.

Este resultado del trabajo subjetivo de la pubertad, es decir, poder situarse como uno entre los otros, también es abordado por Lacan en *El despertar de la primavera* (1974). Allí, puede leerse: “*Queda el hecho de que un hombre se hace El hombre al situarse a partir de el Uno-entre-otros, al incluirse entre sus semejantes.*” (1974/2010, p. 111).

Frente al agujero en lo Real, nadie zafa según plantea Lacan. Porque el agujero en lo Real es estructural. La sexualidad, al irrumpir, como en la pubertad, lo deja al descubierto, sin el velo de lo Imaginario y lo Simbólico. Dice Lacan: “*al nadie zafarse bien del asunto, nadie se preocupe más por él*” (1974/2010, p. 110). Justamente ese es el punto de interés que detiene la mirada de Lacan: ocuparse de ese asunto del que ningún sujeto púber zafa, e intentar comprender estructuralmente qué sucede o cuáles son las posibilidades de cada quien.

De la tragedia de Frank Wedekind, Lacan extrae la historia de dos de los personajes centrales, Melchor y Mauricio, quienes representan posiciones o salidas bien distintas frente al despertar de la primavera. Por cuanto Mauricio se exceptúa en el más allá, como desanudando deseo y goce, y quitándose la vida; mientras que Melchor, de la mano del *hombre enmascarado*, personaje que aparece al final de la obra, se cuenta como uno entre los otros, para continuar viviendo.

Frente a lo real del despertar sexual, Mauricio no logra anudar deseo y goce, y queda atrapado por lo mortífero del goce. Por su parte, Melchor encuentra su semblante¹¹ en el *hombre enmascarado*, quien no sólo lo salva de las

¹¹ Como explica Santiago Thompson en su trabajo *La categoría lacaniana de semblante* (2014), el término “semblante” es inherente al discurso. En ese sentido, el semblante deja a su lado a lo simbólico junto a lo imaginario, quedando lo real por fuera. Este autor plantea que, si bien el semblante es aquello que se opone a lo real, es más preciso decir que el semblante se presenta como un velo, como “*un punto de detención en la vía hacia lo real*” (2014, p. 571). El semblante, en su articulación con la verdad, es aquello que se da a ver, que se muestra. Con el semblante se regula la economía del discurso.

Thompson (2014) explica que el semblante es el cuerpo en lo que tiene de representación:

garras de Mauricio, sino que le ofrece un nombre para situarse como Uno-entre-otros. Como dice Freud en el acta de la Sociedad Psicoanalítica de Viena referida al *Despertar de la primavera*: “en los personajes de Mauricio y el Hombre Enmascarado son visibles las dos corrientes que se disputan en el alma de Melchor, quien se encuentra tentado, a la vez, por la muerte y la vida respectivamente” (1907/2017, p. 113).

El misterioso personaje del *hombre enmascarado*, quien curiosamente lleva máscara de mujer¹², para Lacan se ubica como Nombre-del-Padre. Así lo explica:

(...) o sea decirles que entre los Nombres-del-Padre existe el del Hombre enmascarado.

Pero el Padre tiene tantos que no hay Uno que le convenga, si no el Nombre de Nombre de Nombre. No de Nombre que sea su Nombre-Propio, sino el Nombre como ex –sistencia.

O sea el semblante por excelencia. Y “el Hombre enmascarado” dice eso bastante bien. (1974/2010, p. 112)

El *hombre enmascarado* es un hombre, pero no se sabe quién es, es decir, quién está tras la máscara. Máscara que a su vez es un rostro de mujer. En todo caso, darse un nombre propio tras la pubertad, por estructura tiene algo de mascarada. El sujeto, se ubica frente al agujero en lo Real que deja al descubierto la irrupción de la sexualidad (lugar vacío de significantes), con el velo de la máscara.

Dice Lacan respecto de la máscara y la mujer:

¿Pues cómo saber qué es si está enmascarado y acaso aquí el actor no lleva máscara de mujer?

La máscara sola ex –sistiría en el lugar vacío donde pongo La mujer. Mediante lo cual no digo que no haya mujeres.

El cuerpo parece algo que no es (aquí tenemos toda la vertiente de su unidad imaginaria, que vela el organismo) y es soporte de un discurso, que está regulado por el semblante que lo soporta. Que un discurso esté regulado por un semblante, quiere decir entonces: regulado por el cuerpo que hace de soporte a ese discurso. A partir de sostener un discurso, un cuerpo se subjetiva: la posición subjetiva es entonces un efecto del semblante. El semblante como categoría tiene relación con el soporte corporal que da, justamente, cuerpo a un discurso. (2014, p. 572)

¹² Godoy y Schejtman (2011) realizan una importante aclaración respecto de la máscara que lleva el *hombre enmascarado*. Cuentan que, en el estreno de la obra teatral, fue Wedekind quien representó el papel de hombre enmascarado, ocultando su rostro tras una máscara de mujer. Así, dicen: En el caso que nos ocupa, recordemos que Wedekind usó una máscara de mujer para representar a El Hombre enmascarado; es decir, tomó el semblante que viene al lugar vacío del significante de La Mujer para hacer su Padre-versión, su “*père-version*” (cf. Lacan, 1974, p. 112). (2011, p. 3)

La mujer como versión del Padre, sólo se ilustraría como Padre-versión, como Perversión. (Ibídem)

Cita interesante, hacia el final del prólogo que escribe Lacan, para destacar, entre otras cosas, cómo se produce el pasaje de la sexualidad infantil a la sexualidad adulta. La perversión, entendida como el modo de funcionamiento de la sexualidad en la infancia, puede abandonarse tras la pubertad en la posibilidad de hacer una versión del padre (*Père-version* en francés), que ubique al sujeto en posición masculina o femenina entre los otros semejantes en el lazo social.

El agujero en lo Real que deja al descubierto el despertar sexual, reclama al sujeto alguna estrategia o mascarada, algún velo o pantalla, entre el sujeto y el objeto a.

Si se puede anudar deseo y goce, este último puede acotarse, y así continuar el púber del lado de la vida, como Melchor en la obra de Wedekind.

2. 9. La tragedia infantil.

Frank Wedekind titula su obra de teatro: *El despertar de la primavera. Una tragedia infantil* (1891). A partir de lo cual es legítimo preguntarse si la tragedia infantil no es justamente lo que se desenvuelve a partir del despertar sexual.

Juan Mitre (2014), haciendo una relectura de la obra de Wedekind, plantea lo siguiente:

El despertar de la pubertad trata del encuentro con el Otro sexo, metamorfosis del cuerpo que modifica la relación con los objetos. La relación al Otro ya no es la misma. El Otro del saber, encarnado en las figuras de los padres, se presenta inconsistente para significar lo que sucede en el cuerpo propio del adolescente. La posición infantil de creer en el Otro vacila, presentándose así un Otro que no tiene todas las respuestas. (2014, p. 34)

¿Por qué Frank Wedekind subtitula su obra de teatro refiriéndose a la tragedia? En el original puede leerse: *Eine Kindertragödie*. Justamente, siguiendo el planteo de Mitre (2014), puede considerarse que, con el despertar sexual de la pubertad, comienza o empieza a decantar la tragedia infantil. Lo trágico se inscribiría en ese punto donde el sujeto empieza a encontrarse con las inconsistencias del Otro. Lo trágico aludiría a esos trabajos subjetivos de

la niñez que empiezan a resultar ineficaces en el encuentro con el Otro y los otros.

La tragedia se resuelve, quizás, en la posibilidad de realizar un nuevo trabajo subjetivo, que enhebre las inconsistencias del sujeto y del objeto, para encontrar algo inédito en relación al Otro y con los otros.

Ahora bien, como sostiene Mitre (2014), basándose en la lectura que realiza Lacan (1974) de la obra de Wedekind (1891), esta es una tragedia moderna, por cuanto no hay destinos fijos para los sujetos, o predeterminados como ocurre en la tragedia clásica (verbigracia Edipo Rey), sino que cada posición subjetiva es singular, depende de cada quien. Esto ya lo expresaba claramente Lacan, en su prólogo de 1974, donde puede leerse respecto del despertar sexual en la pubertad: "*Remarcable por ser puesto en escena como tal: o sea para demostrarse ahí como no siendo satisfactorio para todos, hasta confesar que si eso se malogra, es para cada uno.*" (1974/2010, p. 109)

El asunto que convoca el despertar sexual en la pubertad, ese encuentro con el agujero en lo Real, como se ha trabajado previamente, no es satisfactorio para nadie, es decir, convoca un trabajo por parte del sujeto. Pero el trabajo subjetivo que reclama este despertar, tiene que ver con cada púber en particular. No se puede sopesar el trabajo subjetivo del púber si no es considerándolo en su singularidad. Como tampoco puede considerarse ese trabajo subjetivo, si no es en relación al Otro y los otros.

2. 10. No sin el deseo del Otro.

Se puede afirmar, que tanto desde la perspectiva que adopta Freud, como en el trabajo ulterior de Lacan, la constitución de la subjetividad, la emergencia del sujeto, siempre se da en relación al Otro.

Freud lo explicita tempranamente, desde el *Proyecto de psicología* (1895), cuando postula un Otro prehistórico que posibilita la emergencia del deseo tras la primera vivencia de satisfacción. Indica, desde ese momento, el lugar del Otro como condición *sine qua non* para que advenga un sujeto deseante.

Por su parte, Lacan, considera en todo su desarrollo a ese Otro fundamental en la cadena significativa que constituye al sujeto. Es el lugar que le otorga al Otro (A) en la construcción del grafo del deseo.

Como sostiene María Nieves Echave:

El sujeto se hace humano si hay otro que previamente humanizado, le posibilita humanizarse.

Para que el niño a su vez se convierta en sujeto deseante, la madre tiene que desear a otro objeto diferente del niño, es decir, al padre, al mundo. Si no desea algo más que al niño desvalido, este no se hará sujeto del lenguaje, no será deseante. La ley del lenguaje es la causa del deseo inconsciente.

Es posible decir que solo un sujeto se hace deseante si hay uno que previamente desea y permite desear. No se desean objetos, porque el ingreso en el orden simbólico implica que se desean deseos, en tanto que la manera en que se constituye el deseo es a través del deseo de otro. (2019, p. 28)

Esta cita de algún modo resume una concepción psicoanalítica: no hay sujeto sin Otro. Ello vale, por cierto, para toda edad del sujeto. En la pubertad, tras el despertar de la primavera, el Otro (A), y la constatación por parte del sujeto de las barraduras de ese A, ocupa un lugar importante. Así como en la infancia, el Otro interviene causando al sujeto, en la pubertad, y el trabajo subjetivo que esta edad demanda, el Otro resulta clave para la resolución de la tragedia infantil –como llama al asunto Frank Wedekind (1891).

Por su parte, Hilda Karlen *et al*, refieren al respecto:

La posibilidad del sujeto para desenvolverse en la cultura está en relación con el Ideal del yo, que como efecto del sepultamiento del complejo de Edipo favorece que, junto a los ideales familiares, cobren validez otros, propuestos por distintos espacios en los que los adolescentes participan. Crecer implica una modificación de los lazos entre el adolescente y sus padres, dando lugar a su derecho a elegir su modo de incluirse en la cultura. (2017, p. 100)

Si efectivamente crecer implica modificar los lazos sociales existentes hasta la llegada de la pubertad, vuelve a afirmarse la idea de que no puede pensarse al púber si no es en relación al Otro.

Más adelante, Karlen *et al* explicitan esta idea del siguiente modo: *“Es posible afirmar entonces que al ser definida por un Otro, la adolescencia está inscripta por el orden simbólico y queda enmarcada como efecto de cada época.”* (2017, p. 101). De tal suerte, se comprende que:

(...) el adolescente se va construyendo en su entorno social. Los movimientos que realiza son para incluirse entre sus semejantes. Lacan en su artículo “El despertar de la primavera” (1974/1988) dice: “Queda el hecho de que un

hombre se hace El hombre al situarse a partir del Uno-entre-otros, al incluirse entre sus semejantes" (p. 111). (Ibídem, p. 108)

En este sentido, no podrá sopesarse el trabajo subjetivo en la pubertad, si no se hace en referencia al Otro y sus significantes, representado por el grupo de pares, el mundo de los adultos, la escuela y las demás instituciones sociales.

El sujeto púber está en relación a los significantes del Otro y en relación a lo Real. A partir de los significantes disponibles del Otro, que constituyen una trama simbólica e imaginaria, el púber podrá realizar un trabajo subjetivo que posibilite ubicarse frente al agujero en lo Real que encuentra con el segundo despertar sexual.

En síntesis, puede sostenerse que Lacan, tras las huellas de Freud, produce y desarrolla consideraciones propias en torno a aquello que ocurre a un púber frente al despertar sexual. En ese contexto, se comprenden las teorizaciones respecto del agujero en lo Real que pone al descubierto la sexualidad, lo que convoca un trabajo subjetivo que implica tanto a lo Simbólico como a lo Imaginario. Por eso tanto los sueños como el fantasma ocupan un lugar preminente, como principio de respuesta del púber.

Podría suponerse, así como Freud brinda una serie de herramientas conceptuales, que permiten comprender psicoanalíticamente la pubertad y el despertar sexual, Lacan, por su parte, avanza respecto de ese segundo paso lógico, que ocurriría como respuesta al despertar sexual, y que refiere al trabajo subjetivo del púber para tener una posición sexuada.

Capítulo III

El despertar de la primavera de Frank Wedekind

3. Estudio de caso.

3. 1. Metodología.

Esta investigación, se plantea como interpretativa, cualitativa, y de fenómenos culturales. Esto último, en particular referencia a la fuente con la que se construye el estudio de caso, que proviene del acervo literario. Como sostiene Roxana Ynoub en *El proyecto y la metodología de la investigación* (2007):

(...) no necesariamente se trata de estudiar a sujetos humanos en sus contextos vitales, sino que se incluyen también –y especialmente- diversas producciones culturales, que pueden ir desde el estudio y la investigación artísticas (el cine, la pintura, el teatro o la música), hasta el análisis de mitos, publicidades, discursos, narraciones populares o religiosas. (2007, p. 99)

Así, se trabaja con una obra dramática de Frank Wedekind, titulada *El despertar de la primavera* (1891). Se utiliza la segunda edición de la versión castellana que realizó el psicoanalista Pablo Peusner.

Como indica Clara Azaretto (2007) a propósito del uso de material clínico en la investigación en psicoanálisis:

El caso no viene dado, es resultado de operaciones de inteligibilidad. Es en este sentido que el caso no es el material o texto producido, aunque no sin él.

El caso supone un lector que lo organice y lo reconozca como “ilustración de...”, “corroboración de...” o disparador de hipótesis. (2007, p. 39)

La tragedia de Wedekind, organizado o leído como caso, posibilita trabajar la anticipación de sentido, en relación al problema de investigación y los objetivos.

3. 2. Se levanta el telón.

Se presentan a continuación, viñetas clínicas de los personajes principales de la obra de Wedekind; ellos son: Wendla Bergmann, Mauricio Stiefel y Melchor Gabor.

¿En qué contexto ubicar a estos jóvenes? Se trata de muchachas y muchachos que habitan en la Alemania de fines de siglo XIX. Podría decirse, en lo referente a las costumbres sociales, que viven dentro de lo que suele denominarse como “moral victoriana”: un conjunto de valores que exalta una

fuerte represión sexual, baja tolerancia al delito y un estricto código de conducta social. Aunque, como contracara de esos rígidos preceptos e ideales sociales, los sujetos viven, en sus vidas privadas, más cerca de incoherencias e incongruencias respecto de aquella moral.

En ese sentido, es interesante la descripción de familia que realiza Michelle Perrot (1987):

La familia le proporciona al siglo XIX sus figuras y sus primeros papeles, sus prácticas y sus ritos, sus intrigas y sus conflictos. Además de ser la mano invisible de la sociedad civil, es a la vez nido y nudo (...) la familia es, de hecho, mucho más caótica y está llena de contrastes.

Como totalitaria que es, la familia aspira a asignar sus finalidades a sus miembros. Sólo que éstos se rebelan con una frecuencia creciente. De ahí, entre generaciones, entre sexos o entre individuos anhelantes de decidir su propio destino, las tensiones que nutren los secretos de aquélla o los dramas que la hacen explotar. (1987/2001, p. 95)

Los púberes de la tragedia de Wedekind, son hijos de familias como la que se acaba de describir. Son jóvenes, quienes, al alejarse de la niñez, necesariamente se enfrentan al mundo de los adultos: representado por padres y educadores. El despertar de la primavera, como metáfora del despertar sexual, introduce fuertes tensiones generacionales entre los púberes y los adultos. Como dice Peusner (2017) en su presentación de la versión castellana de la obra de Wedekind: *“la obra incluye una ácida crítica a la institución escolar y al mundo adulto en general, el que es representado como hipócrita, prejuicioso e incluso mentiroso”* (2017, p. 9). Lo destacable de dicha crítica, es que la produce un hombre de aquella misma época, como es Frank Wedekind (Hanover, 1864 – Munich, 1918).

En lo que sigue, se presenta cada viñeta, comenzando por lo descriptivo, para posteriormente dar lugar al análisis.

3. 3. Wendla Bergmann.

Wendla acaba de cumplir catorce años. Vive con su madre. Tiene una hermana, Ina Müller, varios años mayor, quien a su vez formó familia. De esa hermana, Wendla tiene tres sobrinos, el último de los cuales, un varoncito, ha nacido recientemente.

Wendla es una jovencita vivaz y despierta, muy conversadora con su madre y amigas. Entre sus amistades, se cuentan Martha, Théa e Ilse, con quienes comparten las inquietudes de su edad.

Ni bien cumplidos los catorce, Wendla recrimina a su mamá que no la trate como a una niña, que no es necesario seguir agregándole ruedo a su vestido, aunque a cada estirón que da, éste va quedando corto.

Su madre le dice: *-No sé qué decirte... Me gustaría tenerte siempre como ahora... hija... A tu edad otras chicas son tan torpes y pesadas... pero tú eres todo lo contrario. ¡Quién sabe cómo serás cuando las otras se conviertan en mujeres!* (1891/2017, p. 15)

Con sus amigas, del brazo caminando calle abajo, hablan de sus padres, la crianza, cuando ven pasar a Melchor Gabor. Melchi, como le dice cariñosamente, llama la atención de las muchachas, particularmente de Wendla. Ella dice: *-Melchi Gabor me contó hace algún tiempo que no creía en nada: ni en Dios, ni en otra vida, ni en nada...* (1891/2017, p. 29)

Una tarde soleada, Wendla y Melchor se encuentran en el bosque. Charlan, sobre sus sueños, sobre la caridad de Wendla cuando visita gente pobre, y sobre Martha, respecto de cómo sus padres le pegan. Wendla dice: *-¡A mí no me pegaron nunca! Ni una sola vez. No puedo imaginarme qué impresión causa. Yo misma intenté pegarme para saberlo. Debe ser una sensación terrible.* (1891/2017, p. 38) Melchor le responde: *-No me parece un buen remedio para corregir a los niños.* (Ibídem). Y luego, en medio de las palabras, como jugando, Wendla le pide a Melchor que la golpee con una rama del piso. Él se resiste primero, y luego accede. Ella lo anima a que le pegue más fuerte, en las piernas; finalmente, él acepta. Termina asestándole a Wendla golpes de puño, y ella grita terriblemente; tras lo cual, Melchor, con los ojos llorosos, se va.

El día que su madre le cuenta del nacimiento de su sobrino, Wendla, que ahora es tía por tercera vez, pregunta: *-¿Estabas allí cuando llegó la cigüeña? (...) ¡Qué lástima! (...) Quisiera saber si la cigüeña entró volando por la ventana o por la chimenea.* (1891/2017, p. 48). Su madre es evasiva en las respuestas, dice que le pregunte a Ina, su hermana mayor. Pero Wendla, con

picardía, le dice a su madre que le hará estas preguntas, mejor, al deshollinador. Wendla insiste para que su madre le diga cómo es que eso ocurre, cómo vienen los niños a este mundo. Tras dar muchas vueltas, su madre dice: *-Para tener un bebé... se debe... amar al hombre con quien se está casada... amar... amar digo... como sólo se puede amar a un hombre... amarlo de todo corazón... como no puede decirse... Como a tu edad no se puede amar... ¡Ahora lo sabes!* (1891/2017, p. 50).

Wendla y Melchor se encuentran en un granero, mientras afuera amenaza la tormenta. Ella le pregunta por qué no sale, que allí dentro hace calor. Él le dice que se vaya, que si no, la arrojará al piso, sobre el heno fresco donde está echado. Wendla decide quedarse, y Melchor dice: *-Veo las amapolas sobre tu pecho... y oigo el latir de tu corazón...* (1891/2017, p. 55). Y la besa. Ella dice: *-¡No me beses, Melchor...! ¡No me beses...! (...)! ¡Cuando se besa... se ama...! ¡No! ¡No!* (Ibídem). Melchor le contesta que no crea en el amor, que no hay más que egoísmo, ni él la ama, ni ella tampoco a él.

Wendla está en el jardín de casa, al otro día, una mañana soleada, hablándose a sí misma: *-El camino es como un tapiz de terciopelo... ni una piedrita, ni un abrojo. Mis pies apenas tocan el suelo ¡Y qué bien dormí anoche! (...)! ¡Ay, Dios!, si viniera alguien a cuyos brazos pudiera arrojarme y contárselo...* (1891/2017, p. 59).

La primavera lejos quedó, pasó el verano y llegó el otoño. Wendla ahora está en cama. Tiene vómitos, escalofríos y la vista se le nubla. En casa están su hermana mayor, su madre y el doctor Brausenpulver, que ha venido a verla. El médico le pregunta la edad, y Wendla le contesta que tiene catorce y medio. Le prescribe unas píldoras Bland para la anemia. A Wendla le aflige, según cuenta a su hermana, que a veces ve a su mamá llorar. Wendla le dice a su madre que cree tener otra cosa, hidropesía tal vez. Cree que morirá. Su mamá dice: *-¡No morirás, Wendla! ¡No tienes hidropesía...! Tienes un hijo, ¡Wendla! ¡Tienes un hijo! ¡Oh! ¿Por qué me causaste este daño?* (1891/2017, p. 91). A la muchacha le cuesta entender cómo puede estar embarazada si no amó a nadie; dice que no entiende. Y recrimina a su madre por qué no se lo contó

todo, cuando tanto insistió para saber cómo vienen los niños al mundo. Tocan a la puerta y llega a casa de los Bergmann la madre Schmidt.

Un tiempo después de aquella visita de la madre Schmidt, Wendla muere. En el cementerio, en su epitafio, puede leerse: *Aquí descansa en paz Wendla Bergmann. Nació el 8 de mayo de 1878. Murió de anemia el 27 de octubre de 1892. Bienaventurados los que tienen puro el corazón* (1891/2017, p. 98).

Análisis.

Según se ha trabajado en capítulos anteriores, Wendla se encuentra en pleno despertar sexual. Propiamente, atraviesa el segundo despertar sexual que supone la pubertad. La segunda marejada pulsional empuja, y exige, a esta jovencita, un trabajo para poder posicionarse ahora como no siendo niña.

Como se ha explicado, el púber, habida cuenta del agujero en lo Real que el segundo despertar sexual deja al descubierto, constata las inconsistencias del Otro. Wendla, a cada paso, podría decirse, pone en falta a su madre. Le pide que le explique aquello de cómo vienen los niños al mundo, cuestión que su madre no puede ni quiere responder.

La posición de Melchor, expresando rebeldía frente a lo establecido o instituido del mundo adulto, de algún modo representa lo que Wendla y los otros púberes también sienten. Como se ha desarrollado, el agujero en lo Real que la sexualidad deja al descubierto, genera desconcierto en el sujeto púber. Lo inconsistente (aquello en lo que no puede creerse más) no tiene que ver solamente con el Otro, o los otros, sino con el sujeto mismo. Aquellos modos o trabajos subjetivos de la infancia (fantasma), que permitían al niño posicionarse, con el advenimiento de la pubertad tambalean, fallan. Será necesario un nuevo trabajo subjetivo (producción del fantasma de la realidad ordinaria).

Aquí puede observarse, cómo va tomando forma ese ordenador de goce que es el fantasma. El fantasma posibilita el lazo, pero la sexualidad irrumpe, buscando satisfacción directa, lo que explica el pasaje al acto: hacerse

golpear y la relación sexual con Melchor. El fantasma no alcanza a darle marco a esa irrupción.

Como decía Freud, en la pubertad vuelven a emerger fantasías de la infancia y reviven viejas teorías sexuales infantiles. No obstante, la sexualidad es algo que nunca puede ceñirse del todo, no puede representarse totalmente para el sujeto. Por su parte, la Sra. Bergmann, en su intento de explicación a la hija, con mucha dificultad, alude al asunto, y al aludir elude.

Wendla y Melchor despiertan, se produce el despertar de la primavera. Llegado el momento, como explicaba Silvia Amigo, lo real del sexo empuja al acto sexual, donde se pone a prueba el fantasma. Estos púberes, como explicaba Freud, representan el deseo de amor objetal sin elección de objeto, por cuanto entre ellos no media enamoramiento.

La muerte de Wendla tiene directa conexión con la administración de abortivos por parte de la madre Schmidt, a instancias de la Sra. Bergmann. Lo que recuerda aquello planteado por Lacan, respecto de la madre como aquel Otro real de la demanda, quien es muy importante que pueda calmar su deseo, para dar lugar al deseo de la hija. En términos de Silvia Amigo, la novela edípica es la que posibilita, o no, que en Nombre-del-padre, quede del niño o la niña un real del que el Otro no se apropie, y eso permita la emergencia del deseo, y contar con una trama de identificaciones o emblemas que posibiliten, en la pubertad, la parada sexual masculina o femenina, cosa que la Sra. Bergmann no concede a Wendla.

Como se sostuvo oportunamente, el púber está en relación a lo Real y a los significantes del Otro. A Wendla, puede hipotetizarse que le falta esa trama simbólica constituida por los significantes del Otro.

3. 4. Mauricio Stiefel.

Mauricio vive con sus padres. Es algo retraído. Se siente muy exigido por los exámenes escolares. Melchor es su compañero de liceo y mejor amigo. Comparten juntos escuela e inquietudes en torno a la pubertad.

Una tarde de domingo, conversan Melchor, Otto, Mauricio, Ernesto y otros muchachos. Melchor exclama: *-¡Qué aburrimiento! ¡No lo aguanto más...!* Ernesto dice: *-América Central... Luis XV... Sesenta versos de Homero... Siete ecuaciones...* Mientras que Mauricio protesta: *-¡No pueden pensar en nada sin que les venga la tarea a la cabeza!* (1891/2017, p. 17).

No obstante, algo más que las obligaciones escolares inquieta a Mauricio. Estando los dos solos, Melchor le dice: *-¡De verdad quisiera saber para qué vinimos al mundo!* Y Mauricio opina: *-Ir a la escuela... Preferiría ser el caballo de un coche de alquiler. ¿Para qué vamos a la escuela...? ¡Vamos para que nos tomen examen! ¿Y para qué nos examinan? Para reprobarnos. Tienen que eliminar a siete, porque en el curso que sigue solo hay lugar para sesenta. No sé qué es lo que me pasa desde la Navidad... ¡por mil demonios!* (1891/2017, p. 18)

Mauricio, hablando con su amigo de las excitaciones sexuales que los acechan, cuenta un sueño que tuvo: *-Un sueño muy corto... Unas piernas, con bombacha azul celeste, que se subían al pupitre. Solo pensé que querían pasarle por encima. Las vi muy furtivamente.* (1891/2017, p. 20).

El despertar de las excitaciones sexuales, como las llama, inquieta mucho a Mauricio. Eso lo lleva a escribir sus memorias, donde vuelca por escrito cada cosa que siente, como si se tratara de un diario. Melchor lo escucha y le cuenta de los otros compañeros, que también tienen estas sensaciones e inquietudes.

Mauricio se siente contrariado. Le confiesa a su amigo: *-Realmente es un juego extraño ese que se juega en nosotros. ¡Y encima tenemos que estar agradecidos! Yo no me acuerdo de haber sentido añoranza por ese tipo de excitaciones. ¿Por qué no me dejó dormir tranquilo hasta que finalmente todo se calmó? Mis queridos padres podrían haber tenido cien hijos mejores que yo. Pero vine al mundo y no sé cómo...* (1891/2017, p. 21). Entonces Melchor quiere contarle cómo es que se viene a este mundo. Pero Mauricio se niega a escuchar: *-¡No puedo! ¡No puedo hablar tranquilamente de los misterios de la reproducción!* (1891/2017, p. 22). Mauricio pide a su amigo que le escriba

sus explicaciones al respecto. Melchor le responde: *-¡Eres como una señorita! Pero en fin, haré lo que quieras... (1891/2017, p. 23).*

Mauricio está exultante de alegría, pues aprobó, junto a Ernesto, el examen que faltaba para pasar de trimestre en el liceo. Están aprobados provisoriamente, pues de los dos, sólo uno quedará el siguiente trimestre. Le dice a Roberto: *-No tienes que apostar... No quiero estafarte... ¡Dios mío! ¡Cómo voy a estudiar de hoy en adelante! Ahora puedo decíselos, lo crean o no. Ahora todo me da igual. Sé... sé que es verdad. Si no me hubieran aprobado, me pegaba un tiro en la cabeza. (1891/2017, p. 33).* Dos profesores que pasan por donde están los muchachos, al ver a Mauricio y Melchor juntos, dicen no comprender cómo el mejor de los alumnos puede sentirse atraído por el peor de todos ellos.

Sentados en el sofá, Mauricio y Melchor conversan, en la habitación de este último. Es de noche y se disponen a hacer la tarea escolar. Cuando Melchor dice: *-Fíjate cómo la gente siempre le presta atención con avidez a esas cosas. Podría creerse que el mundo entero gira alrededor de dos cosas: el pene y la vagina. A lo que Mauricio contesta: -Si tengo que serte franco Melchor, ese es mi sentimiento desde que leí tu escrito... En los primeros días de las vacaciones cayó ante mis pies. Tenía mi Historia de Pöhl en la mano. Trabé la puerta y recorrí al vuelo esas líneas inquietas así como un búho huye espantado por el incendio a través del bosque. Tus aclaraciones resuenan en mis oídos como una serie de oscuros recuerdos (...) Lo que más me interesó fue lo que me escribiste a propósito de las muchachas. (1891/2017, p. 45)*

Está anocheciendo, Mauricio está solo. Se dice a sí mismo: *-Yo no pedí venir a este mundo. ¿Por qué voy a insistir ahora para quedarme? ¡No hice ningún pacto con Dios! (...) Se nace por pura casualidad y después de una madura reflexión, ¿no debería tal vez...? ¡Es para pegarse un tiro! (...) No voy a decirle a nadie que vuelvo sin haberla probado. Voy a hacerles creer que lo hice como todo el mundo. Da un poco de vergüenza haber sido hombre y no haber conocido lo más humano (...) No quiero llorar de nuevo hoy. Tampoco quiero pensar otra vez en mi entierro... Melchor colocará una corona sobre mi ataúd. El pastor Kahlbauch consolará a mis padres (...) Sorbo a sorbo paladeo el*

misterioso terror de la disolución. Sollozo de pena al considerar mi propio destino. La vida me dio la espalda. (1891/2017, pp. 62-63).

Cuando de repente, aparece Ilse, toda desfachatada y con el traje desgarrado. Vuelve de la colonia de artistas, rumbo a casa. Lo sorprende a Mauricio, que no esperaba verla. Ella lo invita a su casa, pero Mauricio pone la tarea como excusa. Ilse se va. Y Mauricio, nuevamente solo, piensa en voz alta: *-Una sola palabra hubiera bastado (...) No, no estoy de humor... Para eso se necesita tener la cabeza despejada y el corazón alegre ¡Qué lástima, qué ocasión perdida!* (1891/2017, p. 68).

A la vera de un río con altos juntos, las últimas palabras de Mauricio son: *-Ya es de noche... Ya no voy a volver a casa.* (1891/2017, p. 69).

Análisis.

Mauricio se encuentra a instancias del segundo despertar sexual que acontece con la pubertad. Pero está particularmente conmovido por este despertar sexual. Las nuevas sensaciones e inquietudes que lo invaden, si bien llega a nombrarlas, como “excitaciones sexuales”, le generan a la vez placer y rechazo. Respecto de las inquietudes sexuales, en torno a lo que llama “los misterios de la reproducción”, mantiene una actitud dicotómica: quiere y no quiere saber. Es que sus padres y docentes, son sentidos como muy exigentes para él. Entonces se plantea una dicotomía entre las obligaciones escolares y sus dudas e intereses respecto de lo sexual.

Mauricio representa esta contradicción entre escuela y sexualidad, a partir de un sueño. Como explica Lacan, el despertar sexual en la pubertad, no se da sin el despertar de los sueños. Mauricio sueña con unas piernas de mujer, sólo unas piernas, en ropa interior, que están paradas sobre su pupitre. Como si el pupitre o la escuela, y lo que ella representa: las obligaciones que le imponen los adultos, lo separara, o no lo dejara acercarse, a genuinos intereses que lo convocan: su curiosidad sexual y la posibilidad de establecer lazos sociales con sus coetáneos, y específicamente con las chicas.

Como se ha desarrollado, la verificación o estabilización del fantasma en la pubertad, posibilita hacer lazo. En Mauricio se aprecia una particular dificultad para hacer lazo con los otros, a excepción de su amigo Melchor. A Mauricio le cuesta hablar o relacionarse con los otros muchachos y muchachas, como así también abordar a una muchacha. También se le dificulta relacionarse con sus padres, a quienes siente muy exigentes. Como indica Freud, algo característico y muy importante de la pubertad, tiene que ver con el trabajo del púber para desasirse de la autoridad parental; algo que parece costarle a Mauricio.

Mauricio se inclina más por la soledad. Si bien dialoga con su amigo, prefiere esa especie de soliloquio que vuelca en sus “memorias”, a la manera de un diario íntimo. Es frecuente su aislamiento respecto de los otros.

Respecto de la consideración de Lacan, sobre los títulos que el niño lleva en el bolsillo, que se ponen a prueba en la pubertad, puede pensarse que Mauricio tiene dificultades para usar esos títulos llegada la hora de tomar una posición sexuada. Melchor le dice que parece una “señorita”, al no querer hablar explícitamente del coito. Mauricio sólo puede aludir al asunto sexual, rodear el tema, pero no abordarlo directamente, ni siquiera en palabras o ideas.

Como se ha trabajado, la constitución del fantasma de la realidad ordinaria, posibilita al púber anudar deseo y goce, para acotar lo mortífero del goce. De este modo, frente al agujero en lo Real que queda al descubierto con la pubertad, deben reinscribirse los términos que dan forma al fantasma, el sujeto y el objeto a. Algo en este proceso, se ve truncado en Mauricio, desanudándose finalmente deseo y goce. Esto lo lleva al púber al suicidio.

3. 5. Melchor Gabor.

Melchor es un muchacho decidido, que se muestra con mayor madurez que el resto de sus compañeros. Vive con sus padres, el Sr. y la Sra. Gabor. Mauricio es su mejor amigo.

Melchor, a diferencia de Mauricio, toma con naturalidad la irrupción de las excitaciones sexuales en su vida. Así, dice: *-Según mis experiencias no hay una edad fijada para el primer surgimiento de esos fenómenos. ¿Conoces a Lämmermeier, el grandote rubio de nariz aguileña? Es tres años mayor que yo. Según Hans Rilow él sólo sueña con tortas de crema y mermelada de damasco.* (1891/2017, p. 21).

Melchor, siendo un año menor, dice a Mauricio: *-Yo te voy a contar todo. Una parte la aprendí en los libros, vi algunos grabados, y también hice observaciones directas de la naturaleza (...)* También se lo dije a Jorge Zirchniss... *Jorge Zirchniss se lo quiso contar a Hans Rilow, pero Hans Rilow ya lo sabía todo. Lo sabía por su institutriz...* A lo que Mauricio contesta: *-Yo he hojeado la enciclopedia Meyer de la A a la Z, sin encontrar nada. ¡Palabras... nada más que palabras!* (1891/2017, p. 22).

Según sus profesores, Melchor no es un buen estudiante. Es que Melchor parece más bien interesado en otras cuestiones, que lo distancian de las obligaciones escolares, las que sobrelleva sin mayor preocupación.

Una tarde de sol, en el bosque, se encuentra conversando con Wendla Bergmann. Él le pregunta a la muchacha, si ella lleva comida y ropa a la gente pobre porque quiere o porque su mamá la manda hacerlo. Quiere saber si ella encuentra gusto en eso. Wendla exclama: *-¿Qué culpa tengo yo de que me guste ir?* Y Melchor dice: *-¡Y te estás ganando el cielo por eso! ¡Pero entonces es cierto lo que me atormenta desde hace un mes! ¡Qué culpa tiene el avaro de que no le guste ir a visitar a los niños sucios y enfermos!* (1891/2017, p. 37).

-¿Quieres que te arme un cigarrillo? dice Melchor a su amigo Mauricio. Y continúa: *-La vida es de una indignidad inconcebible. ¡No me faltan ganas de colgarme de una rama! ¿Por qué mi mamá no nos trae el té?* (1891/2017, p. 42). Están estudiando en el cuarto de Melchor, de noche. Leen el *Fausto* de Goethe. Al llegar a la habitación, la Sra. Gabor les pregunta por ese libro. Y dice a su hijo: *-Melchor, ya tienes suficiente edad como para saber lo que te conviene y lo que te perjudica. Haz solamente aquello a lo que puedas responder por ti mismo. Yo seré la primera que reconozca gustosa eso, si no*

me das motivos para ocultarte nada. Pero te advierto sin embargo que, en ocasiones, lo mejor puede ser el germen del mal cuando se carece de la madurez necesaria para apreciarlo. Prefiero siempre confiar más en ti que en cualquier regla pedagógica. (1891/2017, p. 44).

Melchor y Wendla tienen sexo en un granero. Él le advierte: *-¡Oh! ¡No creas en el amor! ¡No hay más que egoísmo! Todo es egoísmo... ¡No te amo, y tú tampoco me amas a mí!* (1891/2017, p. 55).

Pasado un tiempo, en el liceo, reunidos los docentes y el rector en la sala de profesores, hacen pasar a Melchor, que está pálido pero sereno. El rector Sonnenstich le dice: *-¡Acérquese usted a la mesa! El Señor Stiefel, desconsolado padre, luego de haber tomado conocimiento del suicidio de su hijo, realizó un registro entre los efectos que pertenecían a Mauricio con la esperanza de descubrir una pista que lo condujera a explicar el posible motivo de su inaudita fechoría.* Y sin dejar que Melchor diga nada, continúa: *-Durante la operación y en un lugar que no viene al caso nombrar, tropezó con un manuscrito que, aunque no explique por sí mismo el hecho digno de reprobación, aporta datos suficientes para apreciar el desquiciamiento moral del autor del delito. Se trata de una disertación en forma de diálogo titulada "El Coito", con ilustraciones de tamaño natural, que consta de veinte páginas repletas de desvergonzadas porquerías, suficientes para satisfacer lo que un libertino consumado podría exigir de una sofisticada lectura lúbrica.* (1891/2017, p. 74). Melchor quiere hablar, pero no lo dejan. Reconoce la autoría del manuscrito, mas no le dejan explicar nada.

La madre de Melchor cree que, en la escuela, necesitan un chivo expiatorio. Su esposo, por otra parte, le recrimina a la mujer una educación permisiva, que ahora encuentra sus consecuencias en la pena impuesta: Melchor irá al reformatorio, al ser encontrado culpable del suicidio de Mauricio.

Melchor, en el reformatorio, apartándose de los otros chicos, dice: *-No es bueno que me aíse de ellos. Todos me observan. Tengo que hacer lo que ellos hacen o irme al diablo.* (1891/2017, p. 87). Melchor planea en soledad cómo escapar y salir de allí.

Una noche clara de noviembre, Melchor, que se ha escapado, trepa la tapia del cementerio. Y dice: *-Hasta aquí no me siguen los perros (...) La chaqueta hecha jirones... Los bolsillos vacíos... No me siento seguro ni siquiera ante las personas de aspecto más inocente (...) ¡Uy! Tiré una cruz... Las florcitas se hubiesen helado hoy... Toda la tierra de alrededor está fría... ¡Este es el reino de los muertos!* (1891/2017, p. 97).

Melchor camina por entre las tumbas, cuando de repente tropieza con una lápida que dice: *Aquí descansa en paz WENDLA BERGMANN*. Al enterarse, se siente culpable y muy apenado.

Con la cabeza bajo el brazo, saltando encima de las tumbas, se acerca el fantasma de Mauricio. Le dice: *-¡Espera, Melchor!* (1891/2017, p. 98) Melchor le pregunta de dónde viene, y Mauricio le explica que está enterrado junto a la cruz que derribó al pasar. Mantienen un diálogo, Melchor y el fantasma. El fantasma de Mauricio quiere convencerlo que el reino de los muertos es por mucho superior al de los vivos.

El fantasma tiende su mano a Melchor, y este dice: *-Si te doy mi mano, Mauricio, será tan solo por desprecio hacia mí mismo... Me siento excluido... La que me infundiría valor está adentro de esa tumba... No puedo ya tener respeto alguno por las ambiciones nobles. Y no veo nada, nada, que sea capaz de evitar mi caída. Me considero como la criatura más despreciable del mundo...* (1891/2017, p. 101). En ese momento, se presenta un hombre enmascarado, que le dice al fantasma que se vaya, y a Melchor que con el hambre que tiene no está en condiciones de juzgar bien nada.

Melchor se pregunta quién es ese hombre enmascarado, ¿acaso su padre o el diablo? El misterioso hombre enmascarado dice: *-Tu padre está buscando consuelo en los robustos brazos de tu madre... Te mostraré el mundo... Tu incapacidad para comprender se debe a tu estado actual... Si echaras dentro del cuerpo una cena caliente te burlarías de este cadáver (...) Todo depende de la cena... Lo que puedo decirte es que la chica hubiera parido sin inconvenientes. Estaba perfectamente desarrollada. Murió por los abortivos que le administró la madre Schmidt... Te guiaré por entre los hombres... Te proporcionaré la ocasión de ampliar tus horizontes de un modo fabuloso...*

Haré que sin excepción conozcas todo lo interesante que el mundo encierra...
(1891/2017, p. 102).

Melchor, finalmente, decide irse con el hombre enmascarado. Se despide del fantasma de su amigo diciendo: *-¡Adiós, Mauricio! No sé adónde me lleva este hombre. ¡Pero es un hombre!* (1891/2017, p. 104). El hombre enmascarado, a su vez, sentencia: *-Al fin y al cabo a cada uno le corresponde su parte... A usted, la tranquila conciencia de no tener nada; y a ti, la enervante duda a propósito de todo... ¡Adiós!* (1891/2017, p. 105).

Análisis.

Melchor, como los otros púberes, no escapa al agujero en lo Real que deja al descubierto el despertar sexual. Pero logra una posición subjetiva, no sin vacilar, más eficaz. En relación a lo que enseña Silvia Amigo, retomando a Lacan, respecto de los títulos en el bolsillo, Melchor parece disponer en la pubertad de eficaces títulos o letras para vérselas con lo real del sexo, y poder salir al encuentro del otro sexo.

La constitución del fantasma de la realidad ordinaria, a partir del fantasma de la infancia, permite a Melchor un reordenamiento de la modalidad de goce. Esto posibilita unir, enhebrar, deseo y goce. Y ello, promueve el lazo social: con su amigo Mauricio y los otros muchachos del liceo, con Wendla, y aún con su madre.

Por cierto, si como se explicitó, el púber está en relación a lo Real y el Otro, es destacable la trama significativa que la madre de Melchor ofrece a su hijo, para que éste, poco a poco, vaya tomando una parada propia, masculina. La Sra. Gabor, le dice a su hijo Melchor que él puede decidir, más allá de lo que ella le aconseje.

Como se desarrolló oportunamente, lo característico de lo Real, tal y como explica Rabinovich, es su carácter de repetición y fijación. En la pubertad, el agujero en lo Real insiste, se repite, está fijado, y eso reclama constantemente un trabajo subjetivo para posicionarse. Melchor, a través de los recursos

disponibles (fantasma, trama significativa del Otro), acota el goce, lo mortífero del goce, para posicionarse del lado de la vida.

La escena final, en la que se da ese diálogo entre Melchor, el fantasma de Mauricio y el hombre enmascarado, da cuenta de las dos corrientes, como dice Freud, que se juegan en él: la muerte y la vida. La pregunta que podría formularse es: ¿por qué Melchor va finalmente hacia la vida? ¿por qué deja atrás al fantasma y se va con el hombre enmascarado? Porque la constitución, verificación y/o estabilización, del fantasma de la realidad ordinaria, le posibilita hacer lazo social. Tomar al hombre enmascarado, desconocido, es asirse de un semblante. El semblante, como explica Thompson, pone distancia a lo Real, podría decirse, a lo repetitivo y fijo de lo Real, dicho de otro modo, a lo mortífero del goce.

Queda planteado para Melchor, que la única certeza en la vida, se ubica del lado de la muerte. Porque la vida, como el sujeto, tiene más que ver con inconsistencias e incertidumbres. La vida sólo puede ser a partir de un trabajo subjetivo, que depende de cómo cada quien se vaya posicionando frente a lo insistente, repetitivo y fijo de lo Real.

Conclusiones

Un hombre se propone la tarea de dibujar el mundo. A lo largo de los años puebla un espacio con imágenes de provincias, de reinos, de montañas, de bahías, de naves, de islas, de peces, de habitaciones, de instrumentos, de astros, de caballos y de personas. Poco antes de morir, descubre que ese paciente laberinto de líneas traza la imagen de su cara.

Epílogo de *El hacedor* (1960) – Jorge Luis Borges

Llegado el momento de esbozar las conclusiones, es importante mirar hacia atrás, y repasar la senda transitada.

En ese sentido, puede considerarse que el prólogo que escribe Lacan en 1974, a propósito de *El despertar de la primavera* de Frank Wedekind, signó desde un principio esta investigación. Como prácticamente todo escrito de Lacan, exige una ardua tarea, convoca un trabajo: ese fue un primer motivo para esta tesis de maestría.

A partir de allí, trabajar con el prólogo de Lacan, sugería un recorrido: preguntarse respecto de qué aportes realiza el psicoanálisis en el estudio y comprensión de la pubertad.

Fue preciso, en primer lugar, explorar los desarrollos de Freud en torno a la pubertad. Lo que supuso estudiar diversos conceptos, para poder ceñir a qué llama sexualidad Freud. Porque si algo queda claramente planteado desde 1905 en adelante, es que la pubertad, acontece a partir del segundo despertar sexual que saca al sujeto del período de latencia.

Ahora bien, el estudio del despertar sexual en la pubertad, tanto en Freud como en Lacan, indicaba no sólo una segunda acometida de la sexualidad, sino, fundamentalmente, un trabajo que convoca al sujeto púber. De este modo, despertar sexual y trabajo subjetivo, quedan sellados como las dos caras de una moneda en la pubertad.

Puede sostenerse que Freud inaugura una particular noción de sexualidad, a partir de lo cual comprende un desarrollo psicosexual en el sujeto. Luego, Lacan, a su turno, contando con todo el andamiaje conceptual de Freud, se enfoca particularmente en el trabajo subjetivo del púber frente al despertar sexual.

Lacan accede al estudio del despertar sexual en la pubertad, no sólo desde lo que podría denominarse el retorno a Freud, sino más bien a partir de propias conceptualizaciones. Hacia 1974, cuando escribe el citado prólogo, cuenta con una vasta producción propia.

De tal suerte, puede considerarse, que el prólogo a la obra de Wedekind, al que subyace una lectura del acta de la Sociedad Psicoanalítica de Viena de 1907, condensa una particular mirada de Lacan respecto de la pubertad. Porque plantea que la irrupción de la sexualidad, deja al descubierto un agujero, que es estructural para el sujeto. Ese agujero en lo Real, reclamará un trabajo por parte del sujeto púber, para posicionarse en la escena, o salir de la misma.

Ahora bien, si algo caracteriza lo Real, como se ha estudiado, es su carácter de repetitivo y fijo. Por cuanto, el agujero en lo Real, que queda al descubierto con el despertar sexual en la pubertad, insiste, para que el sujeto produzca algo que le permita posicionarse.

Puede considerarse que esta insistencia del agujero en lo Real, acecha al sujeto púber, lo pone en la vía de un difícil trabajo. Trabajo de elaboración y tramitación, frente a algo que conmociona al sujeto.

Según se ha investigado, el trabajo subjetivo, se orienta hacia una producción que puede realizar el púber, para posicionarse de modo sexuado frente al agujero en lo Real. Esa producción sería la constitución del fantasma de la realidad ordinaria. Constitución que, a su vez, está más cerca de una estabilización o verificación, a partir del fantasma de la infancia, que de un momento originario. Es decir, en la pubertad, deseo y goce, pueden reorganizarse a partir de un material preexistente que se conecta lógicamente: la infancia del sujeto.

El sujeto púber, frente al empuje sexual que deja al descubierto un agujero en lo Real, dispone de unos títulos o letras de cambio, gestados en la infancia, que ahora se ponen a prueba. Lo real del sexo y la muerte, reclaman el pago con esos títulos, para conseguir una posición respecto del agujero. Por cierto, hay quienes lo logran y quienes no; de ello depende seguir en escena, en la escena de la vida, o salir de ella.

Ese interrogante justamente, por qué algunos púberes van hacia la vida mientras que otros no, se pudo explorar con el estudio de la tragedia de Wedekind, que se tomó como caso en la investigación.

¿Qué hace que Melchor continúe con la vida, mientras que Mauricio no? ¿Cómo puede explicarse psicoanalíticamente esa diferencia? Se considera, que la diferencia está dada por el trabajo subjetivo que cada púber puede realizar. Entre esos trabajos, se incluyen: la posibilidad de constitución del fantasma de la realidad ordinaria, contar con una trama significativa por parte del Otro, disponer de semblantes de los que asirse para poner distancia con lo mortífero del goce.

Puede sostenerse, habida cuenta de este recorrido, que el trabajo que realiza cada púber frente al agujero en lo Real, determina alcanzar o no una posición sexuada, poder incluirse como uno o una más entre los otros, hacer lazo social y, de ese modo, continuar con la vida.

Esta investigación propuso, al comienzo, una anticipación de sentido que ahora corresponde corregir parcialmente, a partir de los resultados obtenidos. Aquella anticipación de sentido, decía que la constitución del fantasma de la realidad ordinaria, posibilita al púber hacer lazo social, para continuar bordeando el agujero que produce la sexualidad y ubicarse del lado de la vida. Debiera corregirse lo siguiente: la sexualidad no produce, sino que deja al descubierto, descubre, el agujero estructural en lo Real. La producción es del sujeto, y tiene que ver, en este caso, con la constitución del fantasma de la realidad ordinaria. Es efectivamente esa producción del sujeto, la que aferra a la vida, a través del lazo con los otros.

La articulación entre despertar sexual y trabajo subjetivo en la pubertad, ha servido no sólo para avanzar en la comprensión psicoanalítica de esa edad, punto de viraje, que aleja la niñez y orienta hacia la adultez. Ha permitido, también, abrir nuevos interrogantes. Entre ellos, puede mencionarse: ¿qué lugar toca al mundo de los adultos, para propiciar el trabajo subjetivo en la pubertad? ¿Cómo repensar el lugar de la escuela y la educación a partir de la noción de trabajo subjetivo? ¿Cómo influyen los discursos de la época, en la posibilidad de llevar a cabo un trabajo subjetivo por parte de los púberes?

¿Cuáles son las posibilidades que ofrece la cultura contemporánea para hacer lazo?

La pubertad, como toda edad del sujeto, no puede pensarse por fuera de la época que la cobija. Por ello, el desafío pendiente, quizá, sea seguir pensando la pubertad y el trabajo subjetivo frente a las posibilidades de nuestro tiempo.

Bibliografía.

- Amigo, S. (2001), *Clínica de los fracasos del fantasma*. Segunda edición. Rosario: Homo Sapiens ediciones. (Trabajo original publicado en 1999).
- Azaretto, C. (2007), “*Diferentes usos del material clínico en la investigación en psicoanálisis*”. En *Memorias Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología*. Buenos Aires: Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires.
- Echave, M. (2019), *El deseo del Otro y la subjetividad de la época en la pubertad*. Tesis de Maestría en Psicoanálisis. Mendoza: Facultad de Psicología, Universidad del Aconcagua. Inédito.
- Freud, S. (1979), *Reunión científica del 13 de febrero de 1907*. En H. Nunberg y E. Federn (Comps.) e I. Pardal (Trad.). *Las reuniones de los miércoles. Actas de la Sociedad Psicoanalítica de Viena. Tomo I: 1906-1908* (1ra ed., Vol. I, pp. 132-139). Buenos Aires: Nueva Visión. (Trabajo original publicado en 1974).
- Freud, S. (2012). *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos*. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.). *Obras Completas: Sigmund Freud* (2da ed. Vol. XIX, pp. 259-276). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1925).
- Freud, S. (2012). *Conferencias de introducción al psicoanálisis (Parte III) (1916-1917)*. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.). *Obras Completas: Sigmund Freud* (2da ed., Vol. XVI). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1917).
- Freud, S. (2012). *El creador literario y el fantaseo*. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.). *Obras Completas: Sigmund Freud* (2da ed. Vol. IX, pp. 123-135). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1908).
- Freud, S. (2012). *El delirio y los sueños en la Gradiva de W. Jensen*. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.). *Obras Completas: Sigmund Freud* (2da ed., Vol. IX, pp. 3-79). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1907).

- Freud, S. (2012). *El sepultamiento del complejo de Edipo*. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.). *Obras Completas: Sigmund Freud* (2da ed. Vol. XIX, pp. 177-188). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1924).
- Freud, S. (2012). *Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico*. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.). *Obras Completas: Sigmund Freud* (2da ed. Vol. XII, pp. 217-231). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1911).
- Freud, S. (2012). *La novela familiar de los neuróticos*. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.). *Obras Completas: Sigmund Freud* (2da ed. Vol. IX, pp. 213-220). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1909).
- Freud, S. (2012). *La organización genital infantil*. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.). *Obras Completas: Sigmund Freud* (2da ed. Vol. XIX, pp. 141-149). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1923).
- Freud, S. (2012). *Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad*. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.). *Obras Completas: Sigmund Freud* (2da ed. Vol. IX, pp. 137-147). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1908).
- Freud, S. (2012). *Más allá del principio de placer*. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.). *Obras Completas: Sigmund Freud* (2da ed. Vol. XVIII, pp. 1-62). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1920).
- Freud, S. (2012). *Mis tesis sobre el papel de la sexualidad en la etiología de las neurosis*. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.). *Obras Completas: Sigmund Freud* (2da ed. Vol. VII, pp. 259-271). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1906).
- Freud, S. (2012). *Pulsiones y destinos de pulsión*. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.). *Obras Completas: Sigmund Freud* (2da ed. Vol. XIV, pp. 105-134). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1915).

- Freud, S. (2012). *Sobre las teorías sexuales infantiles*. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.). *Obras Completas: Sigmund Freud* (2da ed. Vol. IX, pp. 183-201). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1908).
- Freud, S. (2012). *Tres ensayos de teoría sexual*. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.). *Obras Completas: Sigmund Freud* (2da ed. Vol. VII, pp. 109-223). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1905).
- Freud, S. (2017), *Minuta de la Sociedad Psicoanalítica de Viena del día miércoles 13 de febrero de 1907*. En Wedekind, F., *El despertar de la primavera. Tragedia infantil* (pp. 109-118). Buenos Aires: Letra Viva. Versión castellana de Pablo Peusner. (Obra original datada en 1907).
- Godoy, C. y Schejtman, F. (2011), “*Versiones del padre, semblante y ex-sistencia*”. En *Anuario de investigaciones*. Volumen 18. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires. Recuperado de: <http://www.scielo.org.ar>.
- Karlen, H. (2012), *Resistencia, goce, saber. La función de la resistencia en la clínica psicoanalítica*, Buenos Aires: Letra Viva.
- Karlen, H. et al (2017), *Autoridad o sometimiento. Diferenciaciones desde el psicoanálisis*, Mendoza: Editorial de la Universidad del Aconcagua.
- Lacan, J. (1973). *El Seminario de Jacques Lacan, Libro 21: “Les Non-Dupes Errent” (Los No Incautos Yerran) o “Les Noms Du Père” (Los Nombres del Padre)*. Inédito. (Dictado los años 1973-1974).
- Lacan, J. (2002), *La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud*. En T. Segovia (Trad.). *Escritos 1* (pp. 473-509). Buenos Aires: Siglo XXI editores. (Trabajo original publicado en 1966).
- Lacan, J. (2006). *El Seminario de Jacques Lacan, Libro 11: Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original del año 1964).
- Lacan, J. (2008), *La significación del falo*. En T. Segovia (Trad.). *Escritos 2* (pp. 653-662). Buenos Aires: Siglo XXI editores. (Trabajo original publicado en 1966).

- Lacan, J. (2008), *Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano*. En T. Segovia (Trad.). *Escritos 2* (pp. 755-787). Buenos Aires: Siglo XXI editores. (Trabajo original publicado en 1966).
- Lacan, J. (2010), *El despertar de la primavera*. En J. A. Miller (Ed.) y D. Rabinovich (Trad.) y J. L. Delmont, J. L. Sucre (Trads.). *Intervenciones y Textos 2* (pp. 109-113). Buenos Aires: Manantial. (Trabajo original publicado en 1974).
- Lacan, J. (2012), *Otros escritos*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2015). *El Seminario de Jacques Lacan, Libro 5: Las Formaciones del Inconsciente*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original de los años 1957-1958).
- Lacan, J. (2018). *El Seminario de Jacques Lacan, Libro 4: La relación de objeto*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original de los años 1956-1957).
- Laplanche, J. y Pontalis, J. (1996), *Diccionario de psicoanálisis*, Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1967).
- Masotta, O. (2018), *El modelo pulsional*. Buenos Aires: Ed. Argonauta. (Trabajo original mecanografiado en 1979).
- Milner, J.-C. (2016), *La obra clara. Lacan, la ciencia, la filosofía*. Buenos Aires: Manantial. (Trabajo original publicado en 1995).
- Mitre, J. (2014), *La adolescencia: esa edad decisiva. Una perspectiva clínica desde el psicoanálisis lacaniano*, Buenos Aires: Grama Ediciones.
- Perrot, M. (2001), *De la Revolución Francesa a la Primera Guerra Mundial*. En Pérez Gutiérrez, F. y García, B. (Trads.), *Historia de la vida privada*. Tomo 4 (pp. 93-298). Madrid: Taurus. (Trabajo original publicado en 1987).
- Rabinovich, D. (1988), *El concepto de objeto en la teoría psicoanalítica. Sus incidencias en la dirección de la cura*, Buenos Aires: Manantial.
- Rabinovich, D. (1995), *Lectura de "La significación del falo"*, Buenos Aires: Manantial.
- Rabinovich, D. (1995), *Lo imaginario, lo simbólico y lo real*. Clase dictada el 22/06/1995, Buenos Aires: inédita.

- Ramírez, M. (2014), *Despertar de la adolescencia. Freud y Lacan, lectores de Wedekind*, Buenos Aires: Grama Ediciones.
- Roudinesco, E. y Plon, M. (2008), *Diccionario de Psicoanálisis*, Buenos Aires: Paidós.
- Seoane, I. et al (2015), *Lazo social y procesos de subjetivación. Reflexiones desde la época*. La Plata: Editorial de la Universidad de La Plata.
- Thompson, S. (2014), “*La categoría lacaniana de semblante*”. En *Memorias del VI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología*. Buenos Aires: Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires.
- Wainsztein, S. y Millán, E. (2000), *Adolescencia. Una lectura psicoanalítica*, Buenos Aires: El megáfono ediciones.
- Wedekind, F. (2017), *El despertar de la primavera. Tragedia infantil*, Buenos Aires: Letra Viva. 2da edición. Versión castellana de Pablo Peusner. (Obra original publicada en 1891).
- Ynoub, R. (2007) *El proyecto y la metodología de la investigación*, Buenos Aires: Cengage Learning.